

# LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a M. Torrente

## Filósofos y obispos

Mientras el antifilósofo Papini, fetichista e idólatra y defensor de la Curia Romana, es propuesto como candidato al premio Nobel de la paz, en estos días acaeció en Estados Unidos un hecho insólito y estrepitosamente escandaloso, según los fastos eclesiásticos.

Mr. William Brown, obispo episcopal de Cleveland, fué acusado de propagar doctrinas heréticas y en consecuencia expulsado de la iglesia.

Contrariamente al escritor italiano, que pretendió probar científicamente la existencia ultraterrenal de Jesucristo, este prelado disidente duda. Y en esa duda, exclama:

"Creo en Dios. No estoy seguro, sin embargo, de que exista un Dios con brazos y piernas y con personalidad humana. Creo en Jesucristo, pero no al pie de la letra. En los asuntos históricos debo guiarme por las investigaciones de los historiadores".

Tampoco cree ciegamente en la immaculada concepción de la Virgen. Y añadió:

"Incluyo el nombre santo de Jesús entre todas las víctimas de las injusticias, entre todos los trabajadores y entre todas las víctimas del capitalismo que fueron enviadas a la guerra a morir. Nosotros los engañamos, diciéndoles que estaban sirviendo a su patria. Con nuestra mente estrecha, los emplazamos ante la Santísima Trinidad, y no ante un Dios universal".

Nos merece más simpatía y hasta un poquito de admiración quien en una edad proyecta y achacosa arrostra la excomulgación, la impopularidad y las inmanentes adversidades, que Papini con sus dotes de artista y su torrencial inteligencia — dones virtuales éstos, que le sirven solamente para construir castillos de sofismas y hacer volatines con los pensamientos más disparatados. Forjador diestro del idioma italiano, voluptuoso y rico, florentino por añadidura, pudo despachar toda la mercadería de su tenducho literario, confeccionada merced a su inmersa cultura y su abundante facultad.

El iconoclasta de anteayer, es el manso cordero papal de estos días. Se agrega así a la grey elegante y zafia que asiste a misa de doce, descotada, y deja el reluciente Parkard al pie de la escalinata que conduce al altar del señor... Se equipara de este modo a la psicología de los que seguramente creen habrá garages en el paraíso, y sirvientas y domésticos en cuyas cabezas vaciar el orinal de su bilis y de su histerismo. Y también, como una concepción especial a las más linajudas y devotas, se les entregará sirvientas expósitas, para que les inculquen el catecismo a pellizcos, a palos y sazonado de vez en cuando con algún puntapié. Todo eso entre el coro de ángeles y el tánir de arpas eólicas.

Para algunas mentalidades trogloditas y rudimentarias, lo uno no excluye a lo otro. ¿Cómo no van a satisfacer sus gustos personales, si en toda su vida no tuvieron obstáculos que se lo impidieran?

Y la religión católica en todos los tiempos fué la aliada de los poderosos, cómplice de cuanto tirano brotó de la tierra; asociada estrecha de los usureros, santificadora de todas las ignominias, esquiladora del pobrerío, embaucadora de la masa ignorante; y ha hecho tanto mal, ha cometido crímenes tan horribles y el daño fué tan inmenso y profundo que la humanidad todavía se halla enferma por el virus fetichista que le inyectaron estos escarnecedores de toda idea de bondad y justicia.

Religión bajamente utilitaria, soezmente materialista, suplantó a las religiones primitivas que adoraban los elementos naturales, por una imagen de palo pintarrajeada y de un gusto estético horrible.

Por un místico verdadero, por un alma sincera que se devora a sí misma en un amor universal, y que surge solitaria, cada dos o tres siglos, ¿cuántos asnos, cuántos bandoleros, qué de turbas fralunas más densas y numerosas de alimañas venenosas?

Los Francisco de Asís, las Teresa de Jesús, por ser excepciones, demuestran que la regla general de la religión católica, apostólica y romana es el robo, el crimen, el dolo y la prevaricación. Las estrellas se destacan por obra de las tinieblas. Y lo tenebroso es lo que amalgama esta asociación de fariseos banqueros, estadistas, mercaderes, verdaderos sepulcros blanqueados, podre por dentro, de que hablan las Escrituras.

## Fauna policial

¿Existirá en todo el orbe un cuerpo policial que no arranque a los presuntos delincuentes sus confesiones mediante la coacción y los porrazos descalabradores?

Enfáticamente, el órgano de la vasta y profusa dinastía Mitre y etc..., acusa a la policía rural de Esperanza — Santa Fe — de torturar a los presos a fin que confiesen el delito imputado. Y quiere hacernos entrever que semejante "procedimiento de barbarie" no se estila ni se aplica en las comisarías de la metrópoli.

Hace sólo unos meses, se "suicidaba" un muchacho de doce o trece años, no sabemos a consecuencia de qué cosa, y en cuál de las comisarías. El caso es que, después de publicarse la noticia policial en algunos diarios, no se supo más nada. Por algo se hizo el silencio.

A pocos días de distancia, se averiguó que al famoso Saccomano, los sabuesos de investigaciones, para encontrar su culpabilidad, le rompieron los brazos y las piernas.

Las tachiporras de goma, que al pegar no dejan rastros exteriores y percuten interiormente, se hallan a la disposición de los comisarios, auxiliares y oficialitos mequetrefes de cualquier repartición policial diseminada dentro del radio urbano. En los suburbios y los extramuros ya no se trepida en emplear el sable, el machete y el revólver regenerador. No les importan los rastros. Están a salvo de toda responsabilidad. Tienen cuñas para ello...

De Poncio Pilatos a nuestra época, los métodos cobardes y feroces de los mastines y cuzcos policiales no han variado gran cosa. La misma idiotez, idénticos recursos torpes y las mismas artimañas siniestras para aclarar secretos con tenazas candentes, los usan todos con una constancia abrumadora. La célebre ciencia detectivesca, nunca pasó de los libros de Conan Doyle a la realidad.

Sólo cambió una cosa. Los Torquemada, los Pedro Arbués y otros inquisidores de cuantía menor, son jefes políticos o perros de presa.

Se raja y se empala en China, como en París, en Londres y Buenos Aires. La psicología policiaca es la misma en todas las latitudes. Es la resaca, la hez de la hez, es la progenie de los traidores que se dan la mano, aprisionando al mundo en una red de infamia, de espionaje, de cohecho y de insidias.

Les hipnotiza el ascenso, y en todas partes ven el crimen, el criminal y la supuesta víctima. Y si no los encuentran por su estupidez inveterada, los inventan, ya que son necesarios para el mayor logro de sus subalternas aspiraciones. No son los tres personajes en busca de Pirandello, sino tres personajes que los busca un detective, quien siempre los preñe. Porque son los hijos de su imaginación...

Decía un señor de honradez máxima que si la policía le acusara de haber robado el campanario de Notre Dame de

París, huiría a fin de no permitirle cometer una injusticia más, de las tantas que acumuló desde nuestro abuelo Né acá esta gente poco amable y muy torpe.

En la decadencia de las civilizaciones y en el debilitamiento de las sociedades, los delatores y los espías se propalan pasmosamente. Ellos son los puntales y los

adarnes de toda tiranía, de todo régimen que existe por la rapacidad y el despojo de sus víctimas que no se avienen a ser devoradas sin protestar o chillar.

La Italia de las hordas fascistas y de Mussolini el antropófago, es un ejemplo ilustrativo de lo que terminamos de exponer.



ESPANTAPÁJAROS

## ¡GUERRA A LA GUERRA!

POR LA VIDA Y LA SIGNIFICACION DEL ANARQUISMO

Somos antimilitaristas, pero no antiguerreros. Sólo que nuestra guerra no se ventila en los campos de batalla, en las trincheras, ni por medio de los cañones y los fusiles. Nuestra guerra va dirigida a los espíritus, a los reducidos de las mentalidades retrógradas y perversas, a los baluartes de la moral del superhombre y del esclavista. La afirmación de nuestra voluntad y el avance de nuestras ideas no requiere menos heroísmo ni menos valor que las cargas cerradas a la bayoneta en los campos de la muerte. Cada uno de nuestros pasos, cada una de nuestras palabras requiere más sangre fría, más audacia, más dominio de sí mismo que los golpes más osados de la estrategia en la guerra de las naciones. Solos, un puñado todavía perdido en la sociedad inmensa de los privilegiados soberbios y de los des-

heredados cobardes e indiferentes, los anarquistas no arriamos nuestra bandera, y cuando la reacción nos asesina a Wilkens, nos retiene en Ushuaia a Radowitzky, nos condena a Desiderio Funes, o cuando el despojo de los farsantes, el odio de los impotentes y la maldad de los rastrores nos hacen frente, cuanto más furioso es el ataque del adversario, del mal, más firme es nuestra resistencia, más vigorosa es nuestra voluntad de lucha, más voluptuosidad sentimos en el avance heroico hacia el ideal de libertad y de igualdad sociales, más fe abrigamos en la bondad de nuestras convicciones y más altamente gritamos: ¡Guerra a la guerra!

Se equivoquen los que miden la guerra social con el cartabón de la estrategia bélica nacional. Nosotros

podremos ser un puñado contra un mundo, podremos caer deshechos o arrollados por las hordas de Mussolini o de Trotzky, difamados y calumniados por Carlos Marx y sus adeptos en el manejo de la espada favorita del maestro—el montón de lodo—pero no nos rendimos, y como no nos rendimos nadie puede vencerlos, porque nadie es capaz de doblegar nuestro espíritu ni de hacerlos rendir pleitesía al mal y a la injusticia. Muchas veces se ha creído habernos dado el golpe de gracia, hasta hubo enfermos de autoridad que pensaron meternos a todos en una isla desierta, aislarnos de la civilización capitalista. Todo fué en vano, todo fué una ilusión de los que midieron la guerra social de acuerdo al cartabón de la guerra nacionalista. Estamos hoy, como estábamos ayer, siempre en la brecha, siempre animados del mismo espíritu, siempre convencidos de que la salvación del mundo, la redención de la humana especie no se logrará nunca por la vía de la abdicación de nuestra personalidad, sino por su afirmación en la iniciativa de cada uno y en el común y libre acuerdo de todos.

El anarquismo es la guerra al mal, el anarquismo es un guerrero indomable. Por desgracia, en este período de la historia, uno de los más negros de la reacción autoritaria, el anarquismo parece desviarse de su significación. Son pocos los que se asombran de ver a los anarquistas comulgar con la pasividad y la indiferencia, divagar serenamente por los dominios de la filosofía especulativa, de la estética depresora de la virilidad combativa. Parece que hubiera tendencia a divorciar el anarquismo de la guerra sin cuartel contra el crimen, contra la injusticia, contra la tiranía. Y frente a esa tendencia, que entraña nuestra negación, nuestra desaparición como vanguardia de la guerra social entre opresores y oprimidos, entre explotadores y explotados, nosotros que queremos reivindicar para el anarquismo su carácter fundamental; el anarquismo no es un entretenimiento filosófico, el anarquismo no es un ejercicio estético, el anarquismo no es un campo para la intriga ni para la contienda de Agramante, el anarquismo no es un refugio de charlatanes ni de curanderos ni de caudillos; el anarquismo es un producto proletario, del proletariado consciente, que vé en la guerra sin cuartel, en la insurrección permanente, que diría Reclus, el bienestar y la libertad para todos.

Queremos defender ese anarquismo de combate, de heroísmo, de beligerancia; ese anarquismo que no se refugia en la sinagoga ni en el cenáculo de la masturbación mental, ni en la camarilla de los conspiradores de puestos de primera fila, de brillo y de representación. Nuestro anarquismo es el anarquismo histórico, el que mantiene la insurrección permanente, el que no se doblega ni se rinde, ni lima sus asperezas en las nebulosidades de una metafísica de revolucionarios bien educados, corteses, lo suficiente tolerantes para suavizar el choque con la burguesía y lo suficiente perspicaces para ladear el cuerpo al peligro y a los malos ratos. Nuestro anarquismo es

ese anarquismo que no claudica, que no sale de las filas, que no se sobrepone ni se subyuga, y que si aporta las experiencias del pasado, de quien es una continuación orgánica, no es para buscar una disculpa a nuestras fallas del porvenir o para eximirnos de las responsabilidades del presente. Nuestro anarquismo es amplio, ofrece espacio ilimitado para divergencias de interpretación mental, para temperamentos variados, pero es fanáticamente adversario a toda relajación moral; si toleramos, si convivimos, si tendemos la mano al que difiere de nosotros en ciertos puntos de interpretación, no tenemos tolerancia alguna para los desertores de la insurrección permanente, de la guerra sin cuartel, para los que llevan el concepto de libertad hasta el punto de negar toda base moral y todo principio ético. Llegaríamos hasta pasar con indiferencia ante el anarquismo "bien educado" que deserta o que manobra la deserción y se refugia en los dominios de la filosofía, de la literatura o de la curiosa expectación desde la barrera; pero sería a condición de que no quisiera monopolizar el anarquismo y abusar del prestigio proletario de ese nombre para cazar incautos, como en los comités electorales, extraerles del bolsillo el óbolo de la solidaridad y editar periódicos en que los jefes y pontifices lucieran sus habilidades en el arte de la frase. Ese anarquismo "bien educado", que se contenta con actuar en el dominio de la fantasía, y rendir batallas románticas en los éxtasis y en los ensueños de las largas horas de inacción y de pereza, se iría alejando más y más de la guerra social y se convertiría en una especie de religión del sagrado "yo", totalmente al margen del anarquismo viviente, combativo e histórico.

En esta negra hora de reacción, no sólo dirigen sus flechas agudas contra nosotros los cancerberos de los principios de la propiedad privada y de la autoridad, no sólo son ellos los que quieren matar en la vida social el principio de regeneración que nuestro movimiento representa; el peligro que nos amenaza también es el del anarquismo "bien educado", de la filosofía y de la literatura, el anarquismo del superhombre, de apariencia externa, pero no de intensidad espiritual ni de vigor para la lucha. Ese anarquismo que nos amenaza no sabe de la guerra contra los sagrados principios de la civilización capitalista; si alguna vez se mueve, sólo es para la intriga y la discordia en el movimiento en general, a fin de atraer público hacia sus capillas; si alguna arma acostumbra a esgrimir es la espada de Carlos Marx, bien definida por Bakunin. Estimamos que para el porvenir del anarquismo hay más peligro en esa corriente aburguesada, de donde han salido casi todos los tráfugas, desde el Víctor Serge, tehekista ruso, a los Enzo di Villafiori, fascista italiano, que en los golpes francos y brutales de la reacción estatista. La reacción no nos vencerá; podrá disminuir nuestro número, pero las ideas no serán tocadas por ella y continuará su acción demoledora. Pero esa tendencia del anarquismo filosófico o literario, que se adapta a una serena pasividad sin

riesgos ni peligros o que sólo ríe batallas de pie, puede implicar una funesta degeneración en nuestras concepciones teóricas y prácticas, y eso equivaldría a negarnos y a negar la razón de ser de nuestra insurrección permanente. Nos parece que una gran culpa de la desesperante inactividad de nuestro movimiento en casi todos los países se debe a la invasión del anarquismo filosófico y al retroceso inicial del anarquismo proletario, que ha tenido siempre por lema la guerra a la guerra. Demos la voz de alarma, estrechemos las filas y entremos en la lid con aquel anarquismo plebeyo—que ha ganado tantas batallas y que ha librado tantos combates de heroísmo ejemplar—por bandera, la victoria será nuestra, porque nuestra fe en el valor de las propias ideas es inquebrantable y nuestra resistencia al mal es incommovible.

Individuos sin responsabilidad ni arranques para batirse con los enemigos de la libertad de los pueblos, se atreven a declararnos la guerra, después de haberse alimentado en nuestro seno, después de habernos estrechado la mano como camaradas y como amigos; mercenarios o voluntarios de cualquier causa que satisfaga y nutra sus vanidades y sus pequeñas ambiciones, hoy luchan por

primera vez en su vida, pero no contra la reacción, sino contra el principio de moralidad y de saneamiento que se opera en nuestro ambiente; temen la luz, odian la verdad francamente expresada, manejan la hipocresía y la adulación, echan mano a todas las armas de la insidia y del cinismo; se revuelven en la impotencia y pretenden maneharnos con la ola de lodo que ponen en movimiento sus bajas pasiones y sus experiencias de enucos de la inteligencia y del corazón. Es preciso responder a esa guerra indigna, oponer un dique para hoy y para mañana a esos desbordos de una mentalidad que no creíamos existente en nuestro medio, a las manifestaciones de gentes que han equivocado inconsistentemente o a sabiendas el camino. Hay que declarar y llevar en toda la línea una guerra a la guerra que nos han declarado los que quieren adaptar el anarquismo a su raquitismo y a sus necesidades particulares. ¡Guerra a la guerra! Y que no se quejen después los provocadores de esta contienda. El que va por lana debe ir dispuesto a volver trasquilado. El que pretende dar, no debe pensar que no le toque la de perder o la de recibir.

*D. Abad de Santillán*

MAX NETTLAU  
**PANARQUIA**  
UNA IDEA DESAPARECIDA DE 1860

Desde hace mucho me fascina el pensamiento de lo hermoso que sería substituir por fin en la concepción general sobre la sucesión de las instituciones sociales y políticas la funesta palabra "uno en pos de otro" por la expresión tan sencilla y natural: "uno al lado del otro". "Abajo el Estado!" "Sólo sobre las ruinas del Estado!"... son sentimientos y deseos de muchos, pero a los cuales sólo será posible la realización del seco: "Al margen del Estado!" (No. 2 del *Sozialist*, Berlín) Si en una ciencia aparece un nuevo conocimiento, los convencidos de él continúan trabajando sencillamente por la nueva vía sin querer imponer los nuevos métodos a los viejos profesores o matarlos si no quieren o no pueden convencerse; éstos caen por sí mismos en el olvido y se perjudican si los nuevos métodos llevan en sí la justa vida. Es verdad, en muchos casos la mala voluntad y la estupidéz pueden poner muchos obstáculos en el camino de la nueva idea; por eso deben ventilarse duras luchas en pro de la tolerancia recíproca, hasta que ésta haya sido conseguida; tan sólo después marchará todo perfectamente, la ciencia prosperará y florecerá, porque ha sido ganado el terreno necesario de la libertad de ensayo y de libre investigación para todo progreso. Sólo el uniformarlo absolutamente todo — no pudo conseguirlo nunca el Estado: los socialistas y los anarquistas escaparon a ese poder; y esa uniformidad no debía ser lograda tampoco por nosotros, pues los "hombres de Estado" están todavía ahí. Por lo demás, tendría que sernos agradable el no llevar consigo a nuestra sociedad libre un listado impitente del Estado, y el problema discutido a menudo sobre lo que se hará con los reaccionarios que no pueden adaptarse a la libertad, sería de ese modo sencillamente resuelto: que conserven su Estado mientras quieran — pero para nosotros no tiene ya importancia, ni tiene sobre nosotros más poder que las ideas trasnochadas de alguna secta de quien nadie se cuida. Así sucederá tarde o temprano: la libertad se abre paso por todas partes.

En cierta ocasión que nos dirigíamos al lago de Como, subió al barco una maestra milanesa con una gran clase escolar.

Quería que los niños permaneciesen sentados y corría de un grupo al otro ordenando sentarse — pero apenas había vuelto las espaldas a un grupo, se ponían la mayor parte de pie inmediatamente, y en cuanto quiso echar una mirada al conjunto, creyendo haber acabado de establecer el orden entre los niños, los vió en la misma confusión que antes. En lugar de volverse severa, rióse la joven sobre el resultado y dejó tranquilos a los niños, los cuales volvieron pronto a sentarse en su mayoría. Este es un ejemplo inocente de cómo todo, dejado a sus propios impulsos, se resuelve del mejor modo, y antes de que se abra camino la idea de la tolerancia recíproca en las cosas políticas y sociales, no podríamos, sea dicho de paso, hacer nada mejor que prepararnos nosotros mismos para ella, al ponerla en acción en nuestra propia vida y en nuestro pensamiento cotidiano; cuán a menudo obramos contrariamente!

Estas palabras deben indicar lo favorita que se ha vuelto para mí esa idea y hacer comprensible lo que me alegro al haber encontrado en un artículo olvidado un precursor de esta idea, de la que, por lo demás, en nuestra literatura, que fué impuesta por la lucha, no se habla mucho. Me refiero al artículo "Panarchie" por P. E. Puydt, en la *Revue trimestrielle* (Bruselas), julio de 1860, págs. 222 al 245. El autor, que me es desconocido hasta aquí, y del cual no me preocupé, está lejos de los movimientos sociales, pero tiene una visión clara de cómo el actual sistema político, según el cual todos deben someterse a un gobierno surgido de una resolución de la mayoría o de otro modo, contradice la más elemental necesidad de libertad. Sin identificarme de ningún modo con su proposición directa, quiero resumir su pensamiento, sin aspirar a la perfección, y transcribir algo literalmente. Se sentiría uno más aproximado a sus ideas si se toma la palabra empleada por él, "gobierno", por "forma social", pues él mismo reclama la existencia de todas las formas de gobierno, hasta la "anarquía del señor Proudhon", unas junto a otras, para los verdaderos interesados. Bajo el título de "Anarquía"

El autor se declara por las doctrinas de la economía política del "Laissez faire, laissez passer" (la tendencia manchesteriana de la libre concurrencia sin intervención del Estado). Pero no hay verdades a medias; en consecuencia, concluye que la ley de la libre concurrencia, laissez faire, laissez passer, no se refiere sólo a las condiciones comerciales e industriales, sino que también debe extenderse de igual modo a la esfera política.

Unos dicen: hay demasiada libertad—los otros: no hay bastante libertad. En realidad, no existe la libertad básica que se necesitaría: la libertad de ser libre o no serlo, según el propio deseo. Cada cual resuelve esa cuestión para sí mismo, y dado que hay tantas opiniones como hombres, nace de ello la confusión que se llama política. La libertad de unos es la negación de la libertad de otros. El mejor gobierno no funciona nunca según la voluntad de todos; hay vencedores y vencidos, opresores en nombre del derecho vigente, rebeldes en nombre de la libertad.

¿Es que quiero proponer yo mi propio sistema? De ningún modo; soy adepto de todos los sistemas, es decir, de todas las formas de gobierno que hallan partidarios. Todo sistema es como un edificio en el que los propietarios y los principales inquilinos tienen los mejores departamentos y se encuentran bien; los otros, que no hallan en él puesto están descontentos. Odio a los destructores lo mismo que a los tiranos. Los descontentos deben seguir su camino, pero sin destruir la casa; lo que a ellos no les agrada, puede causar alegría a sus vecinos.

Pero ¿deben emigrar, buscar otro gobierno en alguna otra parte del vasto mundo? De ninguna manera; y tampoco deben ser divididas las gentes aquí o allí según sus opiniones. "Deseo que se continúe conviviendo allí donde se está, o en otras partes, si se quiere, pero sin lucha, fraternalmente, expresando libremente cada cual su opinión, y sometiéndose sólo a los poderes por él personalmente elegidos o aceptados"

Vayamos al grano: "Nada se desarrolla de una manera duradera si no está fundado en la libertad. Nada de lo existente se conserva y funciona con éxito fuera del libre juego de todos sus elementos activos. De lo contrario hay pérdida de energía, desgastadas rupturas y accidentes. Exijo, pues, para cada elemento de la sociedad humana la libertad de agruparse con otros según su afinidad electiva y a funcionar sólo de acuerdo a sus capacidades; con otras palabras, el derecho absoluto a elegir la sociedad política en que quiere vivir y a depender únicamente de ella".

Actualmente un republicano procura derribar la forma actual del Estado, para implantar su ideal estatal; todos los monárquicos y demás no interesados en ese ideal, se resisten como adversarios. En lugar de eso se podría, según el ideal del autor, proceder de un modo que corresponda en las relaciones familiares a la separación legal, al divorcio. Propone una posibilidad de divorcio semejante en la política, según el cual nadie será lesionado.

¿Se quiere uno divorciar políticamente? Nada más sencillo que ir cada cual por su camino, pero sin tocar los derechos y las opiniones de los demás, que por su parte deben dejar algo de plaza y dar a los demás la libertad de realizar su propio sistema.

Prácticamente podría servir el aparato del registro civil; en cada comuna se fundaría una oficina para la adhesión política a un gobierno y los adultos se inscribirían según su voluntad en la lista de la monarquía, de la república, etc. Desde entonces no toca ya una forma de gobierno a la otra; cada sistema se organiza, tiene sus propios representantes, sus leyes, sus jueces, sus impuestos, lo mismo si hay dos que si hay diez organizaciones de esa especie unas junto a otras. Para las diferencias que puedan surgir entre esos organismos, son suficientes, como para los pueblos amigos, tribunales de arbitraje, etc. Habrá muchos asuntos comunes a todos los organismos en que todo se podrá ordenar por acuerdos recíprocos, algo así como las relaciones de los cantones suizos y de los Estados norteamericanos particulares con respecto al Estado general.

Habrán quienes no quieran someterse a ninguno de esos organismos. Estos harán propaganda por sus ideas y procura-

rán aumentar sus partidarios hasta que hayan conseguido la independencia de presupuesto, es decir, hasta que puedan pagar por sí mismos lo que quieren a su modo; hasta entonces deberían pertenecer a uno de los organismos existentes; el asunto es puramente financiero.

La libertad debe llegar hasta el punto de incluir el deseo a no ser libres: es decir, clericalismo, absolutismo, para aquellos que no quieren otra cosa. Existirá, pues, libre concurrencia entre los sistemas de gobierno. Los gobiernos, para asegurarse partidarios, clientela, deberán mejorarse. Se trata sólo de una sencilla declaración en la oficina política de la comuna, y sin quitarse el gorro de dormir ni las zapatillas se puede pasar, según el deseo, de la república a la monarquía, del parlamentarismo a la autocracia, de la oligarquía a la democracia o a la anarquía del señor Proudhon.

¿No está usted contento con su gobierno? Tome otro" — sin sublevación ni revolución ni ninguna suerte de tensión nerviosa — por medio de una simple visita a la oficina del registro civil. Los viejos gobiernos pueden continuar existiendo hasta que esa libertad de experimento, que es propuesta aquí, los liquide; sólo se exige una cosa: libre elección.

Libre elección, concurrencia — esa será también un día la divisa del mundo político. ¿Será eso la más insoportable confusión?

Recuérdese sólo el tiempo en que nos degollábamos recíprocamente en luchas religiosas. ¿Qué se hizo de ese odio mortal? El progreso del espíritu humano lo barrió como barre el viento las últimas hojas del otoño. Las religiones, en cuyo nombre actuaron las hogueras y las torturas, conviven hoy pacíficamente. Justamente allí donde existen varias, unas junto a otras, se ve, más que en otra parte, su dignidad y su pureza. ¿No sería posible, en el dominio de la política, lo que fué posible en este dominio, a pesar de todos los obstáculos?

Actualmente, en que existen los gobiernos solamente con exclusión de otro poder; en que los partidos dominan únicamente después de la derrota de sus adversarios; en que la mayoría oprime a la minoría, es inevitable que las minorías, los oprimidos, guarden rencores, intri-guen y esperen la hora de la venganza, el poder finalmente logrado. Pero si es suprimida toda coacción, entonces será imposible toda lucha infructuosa.

Si los gobiernos son sometidos al principio del libre experimento, la libre concurrencia, se perfeccionarán y se mejorarán por su parte; no más la nebulosa concepción tras la cual sólo el vacío se oculta; el éxito consistirá en hacer mejor y más barato que los demás. Las fuerzas perdidas ahora en trabajo infundado, en rozamientos y resistencia, se agruparán para dar un impulso imprevisible, magnífico, al progreso y a la dicha de la humanidad.

A la objeción de que después de esos ensayos con gobiernos de toda especie se volvería a uno único, el más perfecto, observa el autor, que aun cuando así fuera se habría producido justamente la armonía general por el libre juego de las fuerzas. Pero eso sería sólo el caso en un lejano futuro, "cuando la aprobación del gobierno sería llevada, con la aprobación general, a la más simple expresión". Pero mientras tanto, los hombres tienen sentimientos tan diversos, costumbres tan distintas, que sólo es posible ese régimen multilateral. Uno busca el movimiento multilateral, las luchas, otro el reposo; éste estímulo y ayuda, aquél, el genio, no tolera ninguna suerte de distracción. Uno quiere la república, abnegación y abdicación — otro la monarquía absoluta con su pompa y su brillo. Aquel orador quiere un parlamento; éste, un silencio, condena a los charlatanes. Hay espíritus fuertes y cabezas débiles, avariciosos y gentes sencillas y contentas. Hay tantos caracteres como personas, tantas necesidades como naturalezas diversas. ¿Cómo pueden ser satisfechas todas por una sola forma de gobierno? Los contentos serán los menos; aun el gobierno más acabado hallaría una oposición. En el sistema propuesto, toda esa ríña sería únicamente contienda casera, con el divorcio como recurso extremo.

Los gobiernos competirían entre sí, y dependerían de lo que se adhirieran a una forma de gobierno correspondiente a sus ideas.

¿Cómo se separarían todas esas gentes? — Yo creo "en el poder soberano de

la libertad para establecer la paz entre los hombres". El día y la hora de esa armonía no puedo preverla. Mi idea es una semilla esparcida al viento. ¡Quién pensaba en otro tiempo en la libertad de conciencia y quién la pondría hoy en tela de juicio! Se puede fijar en un año, por ejemplo, la duración de la adhesión a una forma de gobierno, para facilitar su realización práctica. Cada grupo reúne a sus partidarios cuando los necesita, como una iglesia sus miembros o una sociedad por acciones sus accionistas. — ¡Esta existencia lateral de los organismos gubernativos no significaría un amontonamiento de personal de gobierno con derroche de fuerzas? La objeción es de importancia, pero si ese mal se produce, será remediado también — sólo los organismos capaces de vivir continuarán existiendo, los otros perecerán en la inanición.

¿Cederán las dinastías dominantes y los partidos ahora a una tal proposición? — Sería en su interés el hacerlo; es mejor menos adeptos, pero voluntarios y sumisos, contra los cuales no es necesaria ninguna violencia, ni ningún soldado, ningún gendarme, ningún policía. Ni conspiraciones ni usurpaciones; todos son legítimos y no lo es ninguno. Un gobierno puede liquidarse hoy, y más tarde, cuando encuentre más partidarios, formarse nuevamente, como una sociedad por acciones, mediante una sencilla constitución, en lugar de recurrir a un golpe de Estado. Con las pequeñas contribuciones que se deducirían en los registros, se mantendrían las oficinas gubernamentales, un sencillo mecanismo que podría dirigir un niño y que respondería sin embargo a todas las necesidades.

Todo esto es tan simple y tan justo que estoy convencido que nadie querrá saber algo de ello; los hombres son tan...

El estilo y el pensamiento de De Puydt me recuerdan algo a Anselmo Bellegarri, tal como se le puede conocer por sus numerosos artículos en *La Civilisation* de Tolosa, en 1849. Ideas parecidas en lo que se refiere a los impuestos las he expuesto después durante muchos años, especialmente Auberón Herbert (voluntary taxation). El que esas ideas nos suenen hoy mucho más plausibles de lo que a los lectores de 1860 han podido sonar, nos señala que se hizo algún progreso. Dar a esas ideas una expresión correspondiente a nuestros sentimientos y necesidades actuales y avanzar a su realización — es lo que compete hoy; las ideas de la propia iniciativa, que faltaban aún en el seco razonamiento del aislado autor de 1860, — ¿no sería aquello que hace prometedora y fecunda una discusión de ese problema hoy?

22 de febrero de 1909.  
(Del *Sozialist*, Berlín)

\*\*\*

**El martin-pescador**

Esta tarde ningún pez ha mordido el anzuelo, pero yo traigo una rara emoción.

Cuando tenía mi caña tendida, un martin-pescador ha venido a posarse en ella. No tenemos pájaro más brillante.

Parecía una gran flor azul en el extremo de un largo tallo. La caña cedía bajo el peso. Yo no respiraba, muy orgulloso de que un martin-pescador me tomara por un árbol.

Y estoy seguro de que no ha volado de allí por miedo: ha creído pasar de una rama a otra.

**La mariposa**

Este dulce billete plegado en dos, busca la dirección de una flor.

**El ratón**

Cuando a la claridad de la lámpara, escribo mi cotidiana página, oigo un ligero ruido. Si me detengo, cesa. Comienza en cuanto vuelvo a rascar el papel.

Es un ratón que despierta. Adivino su ir y venir en el borde del hueco oscuro en donde nuestra criada pone sus limpones y sus cepillos.

Salta al suelo y corretea sobre las baldosas de la cocina. Pasa cerca de la chimenea, bajo el fregadero, se pierde entre la vajilla, y por una serie de reconocimientos que aventura cada vez más lejos, se aproxima a mí.

Cada vez que pongo a un lado mi mango de pluma, se inquieta con este silencio. Cada vez que me sirvo de él, cree que tal vez hay otro ratón en alguna parte, y se tranquiliza. Luego no lo veo; está bajo mi mesa, entre mis piernas. Circula por las patas de la silla. Roza mis zuecos y mordisquea su madera, o, atrevido, ¡he aquí que se mete en ellos!

No debo mover la pierna, ni respirar fuerte: huiría.

Pero es preciso que yo continúe mi escritura, y de temor que me abandone a mi fastidio de solitario, escribo signos, simplezas, poquito a poco, pasito, pasito, como él roe.

JULES RENARD

**Frutos de estación**

Diógenes el cínico, al ver que de las ramas de un árbol pendía el cuerpo de una mujer, ahorcada momentos antes, exclamó gozoso:

— ¡Cómo me gustaría que todos los árboles dieran frutos semejantes!

Si el filósofo andrajoso despertase a una nueva vida, ya encontraría que eran demasiado numerosos los árboles que actualmente dan frutos parecidos. Sobre todo en ciertas épocas del año y en ciertos períodos de esta detestable vida civilizada, cuando la desocupación cunde, las enfermedades se ensañan y el hambre ahulla arañando las entrañas de los desheredados. Para ellos se abren tres puertas: la del presidio, la del hospital o la boca del caño de un revólver. Es que al no abrirse ni una ni la otra, el suicidio resulta única y última escapatoria.

Si alguien, con la paciencia de Cuvier, acaso sin el genio de él, dedicase unos cuantos años de su vida a coleccionar las víctimas de las cuales es directamente responsable la sociedad actual, y la publicase como las estadísticas del ganado, de las reses congeladas y de los quesos de Holanda, el horror se expandiría, impresionando todas las capas sociales. Se vería que las hecatombes de los tiempos de paz rivalizan en número con las del tiempo de guerra.

No podemos convencernos que en otra organización no fuera la presente, hubiese casos tan numerosos de desesperados que se quitan la vida, natan,

incendian, con la simplicidad de trasegar un sorbo de agua.

Entresacaremos de los muchos sucesos acaecidos en esta semana, uno de los más típicos.

Un viudo con cuatro hijos menores de edad, de 57 años, se enferma de los pulmones. Es sombrero, y al querer reanudar sus ocupaciones, su debilidad extrema lo echa otra vez a la calle. Se recluye con sus cuatro hijos en una pieza alta, y paga el alquiler hasta que puede. Las entradas, tan pequeñas, apenas si alcanzan para la subsistencia de estas cinco personas. Breve. Hostigado continuamente por la encargada, espera que sus hijos saigan a la calle, rocía la pieza y los muebles con gran cantidad de nafta, y les prende fuego. Al huir, en el colmo de la desesperación, dispara un tiro a la encargada.

Preguntemos ahora si en una sociedad que no sea ésta, un obrero que trabajó durante toda su vida pueda reducirse a tales extremos de impotencia, de no salir de un trance tan angustioso sin apelar a remedios de una heroicidad suicida.

Nos más felices los ancianos que en ciertas tribus son comidos por su prole, que los sacrificados en aras de la fraternidad, de la caridad y del bienestar colectivo, con lo que se encubre el Moloch capitalista.

Por lo menos, antes de ser almorzado con zalemas e hipocresía, y en nombre de principios morales que nadie cree ni practica, es preferible, y mucho más simple y bello, servir de pasto a unos salvajes, que comen porque tienen apetito y no se jactan de poseer virtudes que nunca han poseído.

\*\*\*

**De las "Historias Naturales"**

**El martin-pescador**

Esta tarde ningún pez ha mordido el anzuelo, pero yo traigo una rara emoción.

Cuando tenía mi caña tendida, un martin-pescador ha venido a posarse en ella. No tenemos pájaro más brillante.

Parecía una gran flor azul en el extremo de un largo tallo. La caña cedía bajo el peso. Yo no respiraba, muy orgulloso de que un martin-pescador me tomara por un árbol.

Y estoy seguro de que no ha volado de allí por miedo: ha creído pasar de una rama a otra.

**La mariposa**

Este dulce billete plegado en dos, busca la dirección de una flor.

**El ratón**

Cuando a la claridad de la lámpara, escribo mi cotidiana página, oigo un ligero ruido. Si me detengo, cesa. Comienza en cuanto vuelvo a rascar el papel.

Es un ratón que despierta. Adivino su ir y venir en el borde del hueco oscuro en donde nuestra criada pone sus limpones y sus cepillos.

Salta al suelo y corretea sobre las baldosas de la cocina. Pasa cerca de la chimenea, bajo el fregadero, se pierde entre la vajilla, y por una serie de reconocimientos que aventura cada vez más lejos, se aproxima a mí.

Cada vez que pongo a un lado mi mango de pluma, se inquieta con este silencio. Cada vez que me sirvo de él, cree que tal vez hay otro ratón en alguna parte, y se tranquiliza. Luego no lo veo; está bajo mi mesa, entre mis piernas. Circula por las patas de la silla. Roza mis zuecos y mordisquea su madera, o, atrevido, ¡he aquí que se mete en ellos!

No debo mover la pierna, ni respirar fuerte: huiría.

Pero es preciso que yo continúe mi escritura, y de temor que me abandone a mi fastidio de solitario, escribo signos, simplezas, poquito a poco, pasito, pasito, como él roe.

JULES RENARD

Para Guyau la religión está constituida por los ritos, mitos y cultos establecidos por una creencia, siendo todo lo demás hipótesis metafísicas cuyo sostenimiento podrá no ser antirreligioso, pero que en definitiva constituye una irreligión o irreligión, como se prefiere llamarla.

Las Artes plásticas en el extranjero

Yoshijiro Urushibara, xilógrafo japonés

El contacto de los japoneses con el mundo occidental, desconocido y vedado para ellos, durante muchas décadas, les fué algo beneficioso, aunque les resultó en desmedro de ciertas cualidades características de su raza.

Poetas japoneses emprendieron la ruda labor de traducir a Verlaine, Samain, Mallarmé, Moreas y varios otros que les servirían como bandera de renovación, yendo contra el clasicismo caduco de los primeros cantores, transformados por obra del tiempo, en académicos y reaccionarios.

En ideas sociales, el movimiento se produjo más intenso que en las demás zonas espirituales, engendrado por el creciente industrialismo y también por los



Puente de San Paternina — Venecia Xilografía en colores

estudiantes, que habiendo permanecido en el extranjero llevaron los gérmenes de las ideas revolucionarias. Sobre el movimiento anarquista japonés fueron ampliamente informados los lectores del SUPLEMENTO por la correspondencia que firmara Abad de Santillán.

En lo que se refiere a las artes plásticas, son muchos los artistas japoneses que se influenciaron al contacto de sus camaradas europeos. Algunos de ellos perdieron mucho, porque al asimilarse las teorías occidentales aguaron su característica nipona; otros, en cambio, ganaron, fecundándose y maridando en feliz consorcio las dos tendencias: la nativa y la de Europa.

Uno de estos nos parece que es Yoshijiro Urushibara. Llegado de su ciudad natal, Tokio, a Londres, trajo, no solamente la técnica maravillosa de la escuela japonesa xilográfica, sino un dúctil y adaptable temperamento y una gran intuición para transformar plásticamente las visiones pictóricas del mundo occidental.

Habiendo expuesto en la famosa pinacoteca de Leicester Square una serie de grabados en madera en colores, atrajo sobre sí la atención de Frank Brangwyn. Eran fieles reproducciones, en color y líneas, de los admirables grabadores de la antigua escuela japonesa, y también un poco de los pintores contemporáneos de la escuela de Ukiyove. Pero, al contrario de sus antecesores, Urushibara añade un vigor pictórico totalmente europeo, que quizás posea un encanto, pero no tiene esa poesía tan peregrina y tan peculiarmente oriental, que pareciera que le hu-

biese pedido prestados sus colores a las alas de las mariposas.

Para Frank Brangwyn, esta colaboración es de las más útiles y hasta precisa, porque coloca en una nueva luz y en vistoso marco su producción, destinada tal vez a permanecer en la oscuridad de las carpetas de estudios o, a lo mejor, llegar a manos de amateurs, especuladores y marchands, que las desperdiciarían a los cuatro vientos.

No sólo Urushibara es un maestro de

un avezado artesano al interpretar el trabajo ajeno, sino que además posee aguda sensibilidad expresando su visión pictórica. En la exposición que hiciera en una sala de Fleet Street con treinta y más planchas en colores, con algunas de Brangwyn, pudo percibirse un vultoso de lo que puede dar de sí este artista japonés en el radio de la xilografía. "El puente de San Paternina", de Venecia, es un ejemplo.

Mac. S. C.

EL ESCRITOR Y EL ARTE SOCIAL Conferencia pronunciada el 4 de abril de 1896 en París

Es llevado uno desde hace algún tiempo a reconocer que el escritor debe desempeñar algún papel en la sociedad. Se limitaba uno ayer a constatar su presencia; hoy se declara que tiene una misión social. Es verdad que la situación del escritor ha cambiado. En otro tiempo se dirigía a una categoría de individuos muy restringida; ahora, por el periódico, por el libro, por la multitud de las publicaciones baratas habla a todos. Su influencia tiende a volverse preponderante; más aún: única. En otro tiempo su acción se encontraba subordinada a la acción poderosa de la tradición del Estado, de la religión, de la familia, de la educación; en lo sucesivo esos ídolos se debilitan más cada día, los moralistas oficiales lo constatan con desesperación; se fundan ligas para restaurarlos, pero esas ligas no sirven más que para mostrar la decrepitud de las divinidades cuyo culto se quiere restablecer. Por todas esas cadencias aumenta la importancia del escritor, hasta tal punto que se ha convertido en la esperanza de aquellos mismos que combaten el debilitamiento de los buenos principios y que quieren encargarle de una responsabilidad nueva. Se pretende, en nombre de la sociedad, substituir, con su joven autoridad, a la autoridad del sacerdote y a la del maestro de escuela tradicional.

Para todos los defensores del orden, la misión oficial del escritor es proteger los viejos íconos que se derrumban y toda literatura que no canta y no sostiene la propiedad, la familia, la religión, el Estado, la tradición, es considerada como una literatura antisocial. Según ellos, el escritor debe ser, en la sociedad, un conservador. Pero los filósofos de que no hablo autorizan al escritor a servirse del libro para mejorar la suerte del hombre, y también para ayudar "a la humanidad a realizar sus fines superiores". Se limitan sólo a no explicarse sobre esos fines y a no indicar los mejoramientos que de-sean.

Estos estímulos han dado sus frutos y hemos asistido durante estos últimos años al advenimiento y al triunfo del escritor inquieto. ¿Qué es el escritor inquieto? Es el que quiere conservar todas las ventajas que confiere la sociedad actual sin parecer trabajar exclusivamente en conquistarlas. Es el novelista, el poeta que constata invariablemente al principio de cada uno de sus libros que la hora es turbia, se pregunta por la mitad a dónde vamos, y al fin declara que hay algo que hacer. Entre esos inquietos, los más atrevidos plantean los grandes problemas de la solidaridad humana, de la simpatía universal, los examinan a lo largo de trescientas páginas de manera que hacen estremecer a veces a su público, pero se guardan cuidadosamente de concluir y conservan la clientela de los burgueses a quienes distraen, excitan y hasta comueven, — porque la burguesía es sensible, — agregando a ella, además, la de los jóvenes ingenios que reconocen sus aspiraciones en las habilidades y astucias audaces del escritor inquieto.

Así, el rol que esos políticos reservan al escritor es el rol de advertir u ofensivo, de predicador laico, de propagador de moral convencional, de defensor de los prejuicios, de las leyes y de las instituciones. ¿Qué misión le asignamos nosotros a nuestra vez? Una sola: la de hacer obra de arte. Nos queda ahora por preguntarnos cómo debe comprender el arte ese escritor. O más bien, ¿debe ser el arte en él, a quién debe dirigirse, cómo lo han traducido las literaturas y los literatos diversos.

Se puede decir que han sido dadas dos respuestas a estas preguntas durante este siglo. El arte, han dicho algunos, debe ser considerado como un privilegio; el practicarlo es un patrimonio de una minoría de semidioses; se basta a sí mismo, es su propio fin, su propia y única razón. A esta teoría responde otra. Todo artista, dice, no trabaja para él, ni para una casta, sino para todos. Cuanto más penetra su obra en los espíritus, cuantos más individuos alcanza, más interesa, en una palabra, y por interés no entiendo únicamente el interés banal que se asocia al relato de una aventura. El artista no es un flautista solitario que disfruta en sus melodías una satisfacción personal; si es así se vuelve indiferente para todos y no puede reclamar la simpatía; debe ser un educador, no en el sentido pedagógico y restringido de la palabra, sino en el sentido más amplio posible, y lo es porque puede modificar pensamientos, engendrar ideas; pero para eso su arte no tiene que ser egoísta; es preciso que sea humano.

No hay término medio. O la obra de arte se dirige a un pueblo y a la humanidad, o se dirige a una clase restringida y se vuelve egoísta. No hubo nunca más que estos dos artes: el arte universal y el arte particular.

Basta estudiarlos, y es lo que vamos a hacer, para reconocer que el primero, el arte de los grandes creadores, ha sido arte social.

Tomemos la literatura griega, susceptible de procurarnos excelentes ejemplos. En efecto, el más obscuro, el más estrecho, el más sectario de los estetas contemporáneos no negará el genio de Hesíodo, el de Esquilo, el de Sófocles y de Eurípides.



"Ruinas de un puente Romano" — Xilografía en colores sobre dibujo de Frank Brangwyn

Ahora bien; ¿qué quisieron ser esos poetas? Quisieron exponer doctrinas a sus contemporáneos, ser educadores del pueblo. No pensaron nunca en considerar sus poemas, sus tragedias como juegos superiores, practicados por una categoría de individuos a quien el destino habría colocado al margen y por encima de la multitud.

Dejemos a un lado los poemas homéricos; no vamos a Hesíodo explicar las leyendas y los mitos, y dar consejos de

vida práctica. ¿Qué concepción del arte tenía el pueblo a quien hablaba Hesíodo? Una leyenda nos lo dice: la de los viejos de Eubea que dieron el premio de la poesía a Hesíodo, porque sus trabajos eran los más útiles a los hombres. ¿Qué hacía Esquilo en sus poemas dramáticos? Representaba ideas morales y metafísicas, no se contentaba con dramatizar una leyenda, se servía de esa leyenda para exponer una ética y una filosofía. Sófocles y Eurípides hicieron lo mismo.

Su arte fué, pues, el más amplio de todos los artes, porque llegaron a los sentimientos más generosos, más profundos, más humanos; por eso sus obras pueden apasionarnos todavía hoy. Somos susceptibles de tener en nosotros las mismas cóteras que Edipo. Tal es el destino de los que hablan a la humanidad; son eternos. Cuando Esquilo y Sófocles nacieron, los atenienses habían expulsado a los tiristráidas, se habían libertado de la tiranía, y el arte que había servido para regocijar el diletantismo de un tirano, se había vuelto patrimonio de los ciudadanos. No fué colocado al margen de la vida pública, sino que la acompañó, celebró sus manifestaciones, las completó también. Fué moralista con Menandro, satírico-político con Aristóteles, filosófico y ético con Eurípides.

Esa fué la época admirable del arte, aquella en que el artista y el ciudadano fueron uno, en que no hubo separación operada, ni casta creada; el poeta, o el dramaturgo, o el autor cómico, se consideraban iguales al último habitante de la ciudad.

Cuando el pueblo se relajó, cuando, como en Atenas, se convirtió en un pueblo ocioso, en un pueblo de ricos y de tiranos, se hicieron las clasificaciones. Se creó una categoría especial de poetas, y esos poetas no se dirigieron ni al pueblo, ni a la humanidad, se dirigieron a una clase; sus poemas no fueron más que coadyuvantes de los placeres individuales; fueron encargados de alegrar, con las danzantes y los mimos, los festines de los ricos, de excitar las pasiones, de celebrar el vino. Fué el tiempo de los poetas báquicos y eróticos, de los autores de epigramas, de los cinceladores de versos, los tiempos de los artistas traviesos y fútiles, cuyo arte estaba encargado únicamente de procurar a algunos privilegiados satisfacciones y goces.

Es en Alejandría, sobre todo, en Antioco, en esas ciudades de la blandura, del lujo, de la elegancia, de la corrupción y de la decadencia donde floreció esa poesía, y es también esa poesía la

que están encargados de divertir y de la que son sirvientes; el arte es para ellos un juego. Los líricos del gran período se servían del estilo y de la versificación para manifestar ideas y sentimientos; sus sucesores hicieron del estilo y de la versificación un fin.

Lo mismo pasó en Roma. Al arte educador de un Virgilio, de un Terencio, al arte satírico y moralista de un Plauto, respondieron el arte erótico y epicúreo de un Horacio, el arte erótico de un Ovidio, el arte crapulosamente voluptuoso de un Petronio, y en la época de la gran decadencia los ricos compraban un esclavo que supiese versificar, o alimentaban algunos graculi parásitos susceptibles de facilitar las digestiones difíciles mediante cantos apropiados.

Desde esa época, el poeta es clasificado en la domesticidad. Ha permanecido mucho tiempo en ella. En la edad media cristiana, si exceptuamos algunos autores de poemas épicos y algunos trovadores o troveros que eran gentes de raza y de nobleza, el poeta es un servidor. Es un jugador encargado de distraer en su soledad a las damas y a los señores, o bien es asociado a un príncipe, o bien cuando, como en Provenza, una civilización más refinada y más delicada, último retoño de la civilización greco-latina, se establece, el poeta vuelve a asumir en los banquetes, en los torneos de amor, la misión que tenía ya en Antioco y Alejandría.

En el momento del Renacimiento, en Italia como en Francia, el poeta constituye siempre parte de la corte de un príncipe o del equipaje de un señor. Es el poeta de una clase; pero se educa, porque esa clase es a la vez refinada y poderosa, y representa la ciencia y la filosofía. Entonces, cuando el pueblo está sumido en la ignorancia y en la oscuridad, ella es ilustrada y audaz, marcha, por medio de sus sabios, de sus metafísicos y también por medio de sus artistas y de sus poetas, a quienes el movimiento general arrastra, a la investigación de la luz y de la verdad.

Allí todavía, en su conjunto, esos poetas y esos artistas fueron representantes de la humanidad. En la edad media no hay más que uno, pero éste resume su tiempo, con sus creencias, sus conocimientos, su fe, sus aspiraciones: es Dante. Su obra es una Suma. Todo lo que el alma humana contenía de sueños, de turbaciones, de certidumbres, todo lo que había concebido de alegrías y de dolores se encontró en La Divina Comedia, y como el ser humano no cambia esencialmente, como el progreso consiste sólo en una utilización mejor y en un desenvolvimiento de las cualidades de la naturaleza humana, La Divina Comedia es una obra eterna donde todo hombre podrá encontrarse. En el espejo que nos presenta Dante, nos reconocemos: nuestro rostro está cambiado, nuestra mirada es otra y otra nuestra actitud, pero la forma ha quedado la misma.

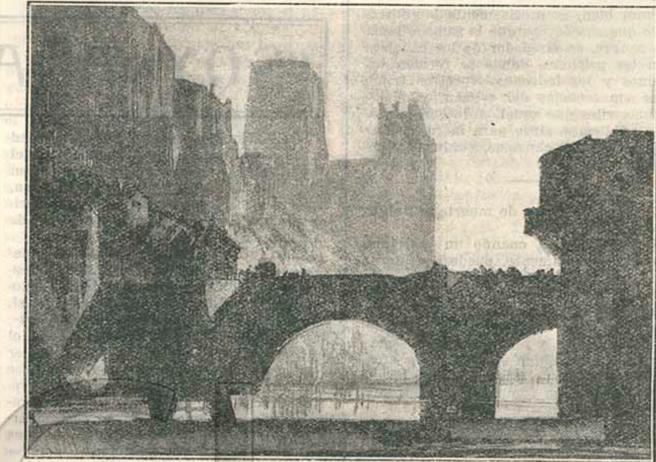
Hoy, los prerrafaelistas, los cuatrocientistas, los símbolo-decadentes han enganchado a veces el gran nombre de Dante a sus manifiestos de mandarines. Pero, si hay un arte profundamente social, es decir, profundamente humano, arte en oposición absoluta con el arte de la decadencia, ¿no es el de Dante, cuya epopeya refleja una sociedad y aspira a educar al hombre y al ciudadano. Dante es el grande y libre poeta, independiente y salvaje, que quiere hablar a todos y no a algunos monjes que aman los poetas latinos, o a algunos príncipes.

El bello arte del Renacimiento, ¿no está animado de preocupaciones semejantes? ¿Qué hace un Rabelais y qué hace un Shakespeare? Uno, por la boca de sus heroicos personajes, de los Gargantúa y de los Pantagruel, de los Panurgos y de los buscadores de la diva botella a una regla de existencia. ¿No es arte social presentar el ideal de los thelemitas y contar las aventuras de los peregrinos que buscan la buena vida? Rabelais, ¿quería divertir? No, quería educar. Y también Shakespeare, que clasificaba las pasiones del hombre, que escrutaba sus pensamientos. ¿Qué genio más ampliamente humano que él? Son los sentimientos más permanentes, los más duraderos los que ha querido alcanzar. No ha tratado sólo de pintar un pueblo, una raza; es el hombre mismo, y he ahí la potencia de los genios: no son solamente nacionales, sino universales, es decir, sociales en el sentido más extenso que pueda ser dado a esta palabra.

Hoy se confunde al escritor nacional con el escritor patriota; se le pide, no que exprese ideas fundamentales y comunes con el sentido que debe a su educación y a su origen, sino que satisfaga a una clase, a una casta, a un grupo; que exprese gustos particulares y hábitos exclusivos; que sea ante todo de su tribu. Al contrario, los grandes poetas, los grandes artistas, pertenecen más a la humanidad que a su país; no se dirigen más que a los sentimientos generales, y en ellos los sentimientos suscitados por la raza, por el medio, por las condiciones particulares, están siempre subordinados a las ideas universales.

Su arte es profundamente social, puesto que se dirige a la totalidad de los individuos. Han tomado al hombre bajo sus dos aspectos, bajo su aspecto individual, es decir, como un compuesto de sensaciones, de pasiones y de ideas, y bajo su aspecto colectivo, es decir, como parte de un todo, que aspira a poner de acuerdo

que van a respondernos. Goethe ha simbolizado la humanidad viviente e inquieta en el inmortal doctor Fausto; Balzac ha creado a su vez símbolos y tipos humanos; Shelley, Hugo, Lamartine, Byron, Musset, han expresado en sus poemas una doctrina, una moral, una filosofía. Fueron grandes poetas, grandes escritores, grandes novelistas y creyeron en su misión de educadores. Sabían que su obra era la copa a donde irían a beber las inteligencias de su tiempo; sabían que los jóvenes irían a buscar en sus libros una regla de vida, una moral, una filosofía, una metafísica, y es para ellos para quienes obraron. A su lado, sin embargo, aparecieron otros hombres cuyas concepciones fueron profundamente diferentes: fueron los que elaboraron la teoría del arte por el arte. ¿Cómo explicarlos? Se ha dicho que los poderosos genios, si se refieren a su tiempo por sus más secretas raíces, son también precursores, puesto que crean ideas nuevas, es-



FRANK BRANGWYN — "Durham" — Xilografía en colores

los actos con los de la colectividad y que tiende, no sólo a un mejor ideal de vida personal, sino a un mejor ideal de vida social.

Durante todo el siglo XVII es el individuo el representado por los poetas dramáticos, Corneille o Racine; es el individuo el que puso en escena Molière, es la moral individual la que ha dado La Fontaine. ¿Qué hubo de humano y por consiguiente de social en su obra? Que han ayudado al individuo a adquirir conciencia de sí mismo. Además no se han limitado a héroes aislados, han creado tipos generales, seres simbólicos, y han establecido menos la acción de las pasiones sobre el hombre que el mecanismo general de las pasiones. Es por eso también que su arte es social. En el siglo XVIII nos encontramos en presencia de las dos formas de arte de que hemos hablado. De una parte, el arte de Diderot, de Rousseau y de Voltaire, es decir un arte penetrado por la preocupación del destino humano y por los problemas de la sociedad del mañana. Fué por excelencia el arte amador de cerebros, formador de inteligencias, creador de ideas; arte de crítica y arte de construcción. Por otra parte está el arte transitorio de los literatos de callejuelas, el arte de los poetas de la corte y de salón, el arte libertino, el arte obscuro de una sociedad en decrepitud, de un mundo agonizante, que acababa en la insipidez y en el erotismo; es el arte de los Laoclos y el de los Boufflers, el arte de los Bernis, de los Chauvieu y de los La Fare; no es ni un arte humano, ni un arte social: es el arte de una clase. Su sola utilidad consiste en reflejar para el historiador las costumbres de un grupo social, el estado de espíritu de una nación o el de una casta.

Esos pequeños poetas, esos artistas del libertinaje, esos divertidores, considerados ciertamente su arte como un juego sutil, una diversión de refinados, el privilegio de algunos. No quedaba más que hacer la teoría de ese arte. La misión fué reservada al siglo XIX.

¿Cómo han concebido el arte los grandes artistas, los grandes escritores de nuestra época? Es Goethe, es Victor Hugo, es Balzac, es Shelley, es Lamartine

decir anticipan el futuro. Pertenecen a la vez al presente y al porvenir, y el medio en que evolucionaron no basta para hacer comprender sus obras. Pero ese ambiente, al mismo tiempo que ve aparecer espíritus excepcionales, que lo sobrepasan, produce también intelectos que le son adecuados. El Renacimiento que veía surgir un Rabelais, engendró también los pequeños poetas de la pléyade. El primero dominaba su época, los otros eran su reflejo. Para una sociedad especial, que tiene costumbres y hábitos especiales, que vive según reglas políticas y económicas especiales, es preciso una estética y un arte especiales. A veces, esa estética parece una contradicción, no con el estado social, sino con ciertos grupos que viven en ese estado; esa contradicción no es más que aparente y la estética corresponde a la forma de la sociedad en que ha nacido.

BERNARD LAZARE

(Continuará)

LA PENA DE MUERTE

Conferencia de Eliseo Reclús en la Asociación Obrera de Lausana

Señores:

No tengo el honor de ser ciudadano suizo y no conozco sino muy imperfectamente la constitución de la que algunos peticionarios piden la supresión de un artículo; pero se trata aquí de una cuestión humana agitada en todos los países civilizados. En calidad de hombre y de internacional, tengo el derecho de tratar esta cuestión. Desgraciadamente, tengo que ocuparme de ella como francés, porque mi patria es aun un país de cortacabezas, y la guillotina, que fué inventada allí, funciona todavía.

Enemigo de la pena de muerte, debo tratar primero de conocer sus orígenes. ¿Es justo hacerla derivar del derecho de defensa personal? Si fuese así, sería difícil combatirla, porque cada uno de nos-

La Motocicleta

Como un grito. Como un pistoletazo. Como un golpe en la nuca. Como una carcajada histórica. Como un asombro. Lo imprevisto. Principio y consecuencia. Instante que es y desaparece. El estampido y la fuga violenta. ¡Oh...!

La carrera loca de la motocicleta. con el escape libre. Concreción de Heroísmo a través...

[do insultos por las rendijas del tráfico apiñado de la ciudad.

Yo admiro tu orgullo intrépido, y esa desinteresada, integrada entrega de tu pasión con que corres al viento. Divino impulso enérgico que no teme al cataclismo de es-

[trelartre y volar por los aires. Concepto puro de felicidad terrena. En el minuto infinito de tus anhelos mi alma entrega en goce sus ansias de eternidad.

(Del libro Contraluz, de Pedro V. Blake).

INTENCIONES

Pintura en charadas.—

En el fondo de toda cuestión humana, hay una cuestión moral. ¿Lo es hoy la pintura, un arte humano y por lo tanto moral? Si una obra de arte vale en relación a la energía sentimental de que está impregnada, las obras que se exponen en los salones bonaerenses son nada más que un yerto funambulismo, sin sentido para los que son pintores. Plantean y resuelven problemas técnicos, charadas pictóricas, ininteligibles para los demás mortales. Se visten de impresionismo, de luminismo; se disfrazan con los trajes más vistosos y más modernos, pero la vieja vulgaridad interior es siempre la misma. Salta a la vista. Y hacen pintura para tapas de bomboneras... y para las "cocottes".

El negro.—

El negro sobre la paleta es un sacrilegio.

—¿Por qué? — pregunté.

Me han contestado: — "Porque en la naturaleza no existe el negro. ¿No has leído a Ruskin?"

Era demasiado y no repliqué. Pensé que en la naturaleza hay tantas cosas que no puedo poner sobre la paleta: el sol, el aire y el silencio.

Mi esteticista todavía agregó:

—Además el negro no es un color.

Tampoco el silencio es un sonido, me dije a mí mismo. Y Beethoven ¿hubiera podido componer sus sinfonías sin los silencios o los compases de espera? At.

El origen de la pena de muerte, tal como la aplican actualmente los Estados, es ciertamente la venganza, la venganza sin medida, tan terrible como puede inspirarla el odio, o la venganza reguadada por una especie de justicia sumaria, es decir, la pena del talión: Diente por diente, ojo por ojo, cabeza por cabeza. Desde que se constituyó la familia, se substituye al individuo para ejercer la venganza o la *vendetta*. Exige el precio de la sangre; cada herida es pagada con otra herida, cada muerte con otra muerte, y es así como se eternizan los odios y las guerras. Ese era el estado de una gran parte de Europa en la edad media, ese era en el último siglo el de Escocia, ese es aún el de Albania, del Cáucaso y de muchos otros países.

Sin embargo, se ha introducido un poco de orden en las guerras perpetuas gracias al rescate. Los individuos o las familias, condenadas a muerte por otras familias, podían de ordinario rescatarse, y ese género de transacción se había fijado por la costumbre. Tantos bueyes, carneros o cabras, tantos escudos sonantes o arpentas de terreno eran fijados por el rescate de la sangre. El condenado podía también rescatarse haciéndose adoptar por otra familia, algunas veces por aquella a quien había ofendido; podía también libertarse mediante una acción notable; en fin, podía caer desahogado bajo para que se dignaran castigarlo. Le bastaba ocultarse tras una mujer y desde entonces era libre, pues era demasiado vil para que se le quisiera matar, pero más desgraciado que si hubiese sido cubierto de heridas. Vivía, pero su vida era peor que la muerte.

La ley del talión de familia a familia no podía evidentemente mantenerse en los grandes Estados centralizados, monárquicos, aristocráticos o republicanos. En ellos es la sociedad representada por su gobierno, rey, consejos o magistraturas, la que se encarga de la venganza o de la vindicta, como se dice en el lenguaje de la jurisprudencia. Pero la historia nos prueba que al apaciar el derecho a castigar en nombre de todos, el Estado, casta o rey, se han ocupado sobre todo de vengar sus injurias particulares, y nosotros sabemos con qué furor han perseguido a sus enemigos y con qué refinamientos de crueldad se dedicaron a hacerlos sufrir. No hay tortura que pueda concebir la imaginación que no haya sido aplicada sobre millares de hombres; aquí se quemó a fuego lento, en otra parte se desolló o se cortó sucesivamente los miembros; en Nuremberg se encerraba al condenado en el cuerpo de la "Virgen" de hierro al rojo; en Francia se le rompían los miembros o se les ataba a cuatro caballos; en Oriente se empala a los desgraciados; en Marruecos los emparedan sin dejarles más que la cabeza fuera del muro. Y ¿por qué todas estas venganzas? ¿Fué para castigar verdaderos crímenes? No, el odio de los reyes y de las clases dominantes se ha dirigido contra los hombres que reivindicaban la libertad de pensar y de obrar. La pena de muerte ha estado siempre al servicio de la tiranía. ¿Qué hizo Calvino, dueño del poder? Ha hecho quemar a Miguel Servet, uno de los hombres de intuición científica como apenas se encuentran diez o doce en la historia de la humanidad entera. ¿Qué ha hecho Lutero, otro fundador de religión? Ha excitado a sus amigos los señores a perseguir a los campesinos: "Matadles, matadles, el infierno los recogerá así primero". ¿Qué ha hecho la iglesia católica triunfante? Ha organizado los autos de fe. Fué ella la que encendió las hogueras y tuvo durante tres siglos bajo el terror al noble pueblo español. Y recientemente, cuando una ciudad libre, culpable de haber mantenido su autonomía, ha sido reconquistada por sus opresores, ¿no hemos visto a éstos matar por millares, hombres, mujeres y niños, y servirse de la ametralladora para acrecentar más pronto el montón de cadáveres? Y los que han tomado parte en la masacre, orgullosos de su labor, ¿no se han vanagloriado cínicamente? Aquí mismo se ha podido oírles.

Pero si el Estado es feroz cuando se trata de vengar un golpe contra su poder, posee menos apasionamiento en la vindicta de los crímenes privados, y poco a poco le dió vergüenza de aplicar la pena de muerte. Ya no estamos en el tiempo en

que el verdugo, vestido de rojo, muestra su persona tras el rey: el verdugo no es ya el segundo personaje del Estado, no es ya el "milagro vivo" como le llamaba Joseph de Maistre; se ha convertido en la vergüenza de la sociedad y no se da a conocer con su nombre. Se ha visto a hombres que se hicieron saltar la mano derecha para no estar forzados a servir de verdugos. Y en muchos países en que la pena de muerte existe aun no se decapita, no se ahorca, no se agarrota ya más que en el interior de las prisiones. En fin, en varios países, la pena de muerte está abolida; desde hace más de cien años la sangre de los decapitados no mancha el suelo de Toscana, y Suiza es una de las naciones que han tenido el honor de quemar el cadalso. ¿Y ahora tendría la vergüenza de querer restablecerlo? Tiene verdaderamente en bien poco su gloria. Antes que adopte el restablecimiento de la pena de muerte, ¡que se le pruebe al menos que los países en que hay menos crímenes son aquellos en que la penalidad es más terrible!

Ahora bien, es precisamente lo contrario lo que sucede; porque la sangre llama a la sangre, es alrededor de los cadalsos y en las prisiones donde se forman los asesinos y los ladrones. Nuestros tribunales son escuelas del crimen. ¿Qué seres más viles que aquellos de que la vindicta pública se sirve para la represión: espías y guardia-chusmas, verdugos y policías?

Por tanto, la pena de muerte es inútil. Pero ¿es justa?

No, no es justa, cuando un individuo se venga aisladamente, puede considerarse a su adversario como responsable, pero la sociedad, tomada en su conjunto, debe comprender el lazo de la solidaridad que la asocia a todos sus miembros, virtuosos o criminales, y reconocer que en cada crimen tiene también su parte. ¿Ha atendido la infancia del criminal? ¿Le ha dado una educación completa? ¿Le ha facilitado los caminos de la vida? ¿Le ha dado siempre buenos ejemplos? ¿Ha velado para que tuviera todas las posibilidades de ser honesto o para volverlo al buen camino después de la primera caída? Y si no lo hizo, ¿el criminal no puede achacarle la injusticia?

El economista Stuart Mill, ese sabio probo cuyo ejemplo es bueno dar a todos sus colegas, compara todos los miembros de la sociedad a corredores a quienes un César cualquiera fijara el mismo fin. Uno de los concurrentes es joven, ágil, dispuesto, el otro es ya viejo; hay enfermos, paralíticos, jobrados. ¿Sería justo condenar a los últimos; unos a la miseria, otros a la esclavitud o a la muerte, mientras que el primero sería coronado vencedor? ¿Y se hace otra cosa en la sociedad? Los unos tienen probabilidades de dicha, de educación y de fuerza; son declarados virtuosos; los otros son condenados por el medio a quedar relegados en la miseria o en el vicio; ¿es sobre ellos sobre los que debe recaer la vindicta social?

Pero hay aún otra causa que prohíbe a la sociedad burguesa pronunciar la pena de muerte. Es que ella misma mata y mata por millones. Si hay un hecho probado por el estudio de la higiene, es que la vida media podría ser duplicada. La miseria abrevia la vida del pobre. Tal oficio mata en el espacio de algunos años, tal otro en el de algunos meses. Si todos disfrutaran de la vida, vivirían como los pares de Inglaterra; sobrepasarían los sesenta años, pero condenados prácticamente, sea a los trabajos forzados, sea — lo que es peor — a la falta de trabajo, mueren antes de tiempo, y durante su corta vida, la enfermedad los ha torturado. El cálculo es fácil de hacer. Al menos son ocho o diez millones de hombres los que la sociedad extermina cada año, en Europa solamente, no matándolos a tiros, sino forzándolos a morir al suprimir su cubierto en el banquete de la vida. Hace diez años, un obrero inglés, Duggan, se suicidó con toda su familia. Un diario infame, siempre ocupado en alabar los méritos de los reyes y de los poderosos, tuvo la imprudencia de felicitarle por ese suicidio del obrero. "¿Qué buen desahogo, gritó, los obreros se matan a sí mismos porque no tienen empleo; nos dispensan de la tarea desagradable de matarlos con nuestras manos". He ahí la cínica opinión de lo que piensan todos los adoradores del dios-capital.

¿Cuál es, pues, el remedio contra esos asesinatos en masa, al mismo tiempo que contra los asesinatos que se cometen aisladamente? Ya sabéis lo que propone un socialista. Es un cambio social completo, es el colectivismo, la apropiación de la tierra y de los instrumentos por todos los que trabajan. Es así como el abismo del odio podrá colmarse entre los hombres, como la miseria y la persecución de la fortuna, esa gran consejera de los crimenes, cesarán de excitar a los ciudadanos unos contra otros, y como la vindicta social podrá descansar, en fin. Al Jerecho de la fuerza, que prevalece en la naturaleza salvaje, es tiempo de hacer suceder la justicia, que es el ideal de todo hombre digno de ese nombre!

Pero en la sociedad transformada, es posible que haya aún crímenes. Fisiológicamente el tipo del criminal podrá presentarse de nuevo. ¿Qué haremos entonces? ¿Mataremos al criminal? No, ciertamente. A aquel en quien el crimen proviene

# "SOY ANARQUISTA"

...El segundo efecto de la propiedad es el despotismo. Ahora bien, como el despotismo se asocia necesariamente en el espíritu a la idea de autoridad legítima, al exponer las causas naturales del primero debo hacer conocer el principio de la segunda.

¿Qué forma de gobierno vamos a preferir?— ¡Oh! ¿es preciso preguntarlo? respondiendo sin duda alguno de mis jóvenes lectores: Vd. es republicano. —Republicano, sí, pero esa palabra no precisa nada. *Res pública* es la cosa pública; ahora bien, el que quiere la cosa pública, bajo cualquier forma de gobierno que sea, puede decirse republicano. Los reyes son también republicanos. — ¡Y bien! ¿Vd. es democrata? — No. — ¿Cómo? ¿será tal vez monárquico? — No. — ¿Constitucional? — Dios me libre. — ¡Es Vd. aristócrata, pues? — De ningún modo. — ¿Quiere Vd. un gobierno mixto? — Menos aun. — ¿Qué es Vd. pues? — Yo soy anarquista.

—Le comprendo: Vd. satiriza; eso va contra el gobierno. — De ninguna manera: acaba Vd. de oír mi profesión de fe, sería y maduramente reflexionada; aunque muy amigo del orden, soy en toda la fuerza del término, anarquista. Escúcheme.

En las especies de animales sociales, la debilidad de los jóvenes es el principio de su obediencia para los ancianos que tienen ya la fuerza; y el hábito, que para ellos es una especie particular de conciencia, es la razón por la cual el poder queda en el más viejo, aunque se vuelva a su vez el más débil. Siempre que la sociedad esté bajo la dirección de un jefe, ese jefe es casi siempre en efecto el más viejo del rebaño. Digo casi siempre porque el orden establecido puede ser turbado por pasiones violentas. Entonces la autoridad pasa a otro; y después de haber comenzado de nuevo por la fuerza, se conserva en lo sucesivo lo mismo, por el hábito. Los caballos salvajes van en tropas; tienen un jefe que marcha a su cabeza, a quien siguen con confianza y que les da la señal de la huida y del combate.

"El carnero que hemos criado nos sigue, pero sigue igualmente al rebaño en medio del cual nació. No ve en el hombre más que al jefe de su rebaño... El hombre no es para los animales domésticos más que un miembro de su sociedad; todo su arte se reduce a hacerse aceptar por ellos como asociado; se convierte en su jefe, siéndoles superior, como lo es, por su inteligencia. No cambia pues el estado natural de esos animales, como dijo Buffon; se beneficia al contrario, de ese estado natural. En otros términos, había encontrado a los animales sociales; los vuelve domésticos, conviértendose en su asociado, en su jefe. La domesticidad de los animales no es por tanto más que un caso particular, una simple modificación, una consecuencia determinada de la sociabilidad. Todos los animales domésticos son por naturaleza animales sociables". (Flourens, *Résumé des observations de F. Cuvier*).

Los animales sociables siguen a un jefe por instinto; pero advertimos lo que se olvidó de decir Cuvier, que el rol de ese

de la locura, le cuidaremos como cuidamos a los locos o a los otros enfermos, preservándonos de sus violencias. En cuanto a los hombres convertidos en criminales por el ímpetu del temperamento o el ardor de la sangre, será posible entonces proponerles la rehabilitación por el heroísmo.

Se ha visto cien veces: los condenados a galeras se arrojan a las llamas o al agua para salvar a desdichados y se sienten renacer así en la estima de los hombres. Los forzados que puso en libertad la comuna de Cartajena y que Francia volvió a esclavizar, han estado sublimes de heroísmo durante los pocos meses de su corta libertad. ¡Obedece!, dijo el cristianismo, y el pueblo se envileció. ¡Enriqueceos!, dicen los burgueses a sus hijos, y éstos procuran enriquecerse de todas las maneras, sea violando la ley, o sea esquivándola con más habilidad. ¡Conviértanse en héroes!, dicen los socialistas revolucionarios, y hasta los bandidos podrán reponerse por el heroísmo.

jefe es enteramente de inteligencia. El jefe no enseña a los otros a reunirse bajo su dirección, a reproducirse, a huir y a defenderse: sobre cada uno de esos puntos encuentra a sus subordinados tan sabios como él. Pero es el jefe el que, por su experiencia adquirida, prevé lo imprevisible; es él cuya inteligencia substituye, en las circunstancias difíciles, al instinto general; es él quien delibera, quien decide, quien dirige; él en una palabra cuya prudencia esclarecida gobierna la rutina nacional para el mayor bien de todos.

El hombre que vive naturalmente en sociedad sigue naturalmente también a un jefe. En el origen, ese jefe es el padre, el patriarca, es decir el *primitif homme*, el sabio, cuyas funciones, por consiguiente, son todas de reflexión y de inteligencia. La especie humana, como las otras razas animales sociables, tiene sus instintos, sus facultades innatas, sus ideas generales, sus categorías del sentimiento y de la razón; los jefes, legisladores o reyes, jamás han inventado nada, ni supusieron ni imaginaron nada; no han hecho más que guiar la sociedad según su experiencia adquirida, pero conformándose con las opiniones y las creencias.

Los filósofos que, llevando a la moral y a la historia su sombrío humor de demagogos, afirman que el género humano no tuvo al principio ni jefes ni reyes, no conocen nada de la naturaleza del hombre. La realeza, y la realeza absoluta, es también y más que la democracia, una forma primitiva de gobierno. Porque se ve desde los tiempos más lejanos a los héroes, a los bandidos, a los caballeros de aventura ganar coronas y hacerse reyes, se confunde esas dos cosas, la realeza y el despotismo; pero la realeza data de la creación del hombre (1); ha subsistido en los tiempos de comunidad negativa (2); el heroísmo y el despotismo que engendra no han comenzado más que con la primera determinación de la idea de justicia, es decir con el reino de la fuerza. Desde que por la comparación de los méritos, el más fuerte fué juzgado el mejor, el viejo debió cederle el puesto, y la realeza se convirtió en despotismo.

El origen espontáneo, instintivo y por decirlo así fisiológico de la realeza le dió en los comienzos un carácter sobrehumano; los pueblos la relacionaron con los dioses, de quienes, decían, descendían los primeros reyes: de ahí las genealogías divinas de las familias reales, las encarnaciones de los dioses, las fábulas mesiánicas; de ahí las doctrinas de derecho divino que conservan aún tan singulares campeones.

La realeza fué primero electiva, porque en un tiempo en que el hombre al producir poco no posee nada, la propiedad es demasiado débil para dar la idea de la herencia y para garantizar al hijo la realeza del padre; pero cuando se hubo roturado los campos y construido las ciudades, cada función fué, como cualquier otra cosa, apropiada; de ahí las realezas y los sacerdocios hereditarios; de ahí la

(1) *La creación del hombre!* —  
(2) *No en todas partes.*

herencia llevada hasta las profesiones más comunes, circunstancia que implicó las distinciones de castas, el orgullo del rango, que confirma lo que he dicho del principio de la sucesión patrimonial, que es un modo indicado por la naturaleza para proveer a las funciones vacantes y para continuar una obra comenzada.

De tanto en tanto la ambición hizo surgir usurpadores, suplantadores de reyes, lo que dió lugar a nombras a unos reyes de derecho, reyes legítimos, y a los otros tiranos. Pero no hay que dejarnos imponer por los nombres; hubo excrebrable reyes y tiranos muy soportables. Toda realeza puede ser buena cuando es la única forma posible de gobierno; pero legítima no lo es jamás. Ni la herencia, ni la elección, ni el sufragio universal, ni la excelencia del soberano, ni la consagración de la religión y del tiempo hacen legítima la realeza. Bajo cualquier forma que se muestre, monárquica, oligárquica, democrática, la realeza, o el gobierno del hombre por el hombre, es ilegal y absurda.

El hombre, para llegar a la más pronta y a la más perfecta satisfacción de sus necesidades, busca la regla: en los comienzos esa regla es para él viva, visible y tangible; es su padre, su amo, su rey. Cuando más ignorante es el hombre más absoluta es su confianza, su obediencia en su guía. Pero el hombre, cuya ley es conformarse a la regla, es decir descubrir por la reflexión y el razonamiento, el hombre razona sobre las ordenes de sus jefes; ahora bien, un razonamiento semejante es una protesta contra la autoridad, un comienzo de desobediencia. Desde el momento que el hombre busca los motivos de la voluntad soberana, desde ese momento el hombre es rebelde. Si no obedece ya porque el rey manda, sino porque el rey prueba, se puede afirmar que en lo sucesivo no reconoce ninguna autoridad y que se ha hecho él mismo su propio rey. ¡Ay del que se atreva a conducirlo y no le ofrezca, por sanción de sus leyes, más que el respeto de una mayoría, porque, tarde o temprano, la minoría se hará mayoría y ese déspota impudente será derribado y todas sus leyes aniquiladas!

A medida que la sociedad se instruye, la autoridad real disminuye; es un rasgo que testimonia toda la historia. En el nacimiento de las naciones, los hombres han podido reflexionar y razonar; sin métodos, sin principios, no sabiendo siquiera hacer uso de su razón, no saben si ven justamente o si se engañan; entones la autoridad de los reyes es inmensa, pues ningún conocimiento adquirido la contradice. Pero por lo poco la experiencia da hábitos y estos costumbres; después las costumbres se fórmulan en máximas se fijan en principios, en una palabra, se traducen en leyes, a las cuales el rey, la ley viviente, está forzado a rendir homenaje. Llega un tiempo en que las costumbres y las leyes son tantas que la voluntad del príncipe está por decirlo así enlazada por la voluntad general, y al tomar la corona es obligado a jurar que gobernará según las costumbres y los usos; y que él mismo no es más que la potencia ejecutiva de una sociedad cuyas leyes se han hecho sin él.

Hasta entonces todo pasa de una manera instintiva, y por decirlo así de acuerdo a las partes: pero veamos el término fatal de ese movimiento.

A fuerza de instruirse y de adquirir ideas, el hombre acaba por adquirir la idea de ciencia, es decir la idea de un sistema de conocimiento conforma a la realidad de las cosas y deducido de la observación. Busca pues la ciencia o el sistema de los cuerpos organizados, el sistema del espíritu humano, el sistema de mundo: ¿Cómo no habría de buscar también el sistema de la sociedad?

Pero, llegado a esa cumbre, comprende que la verdad o la ciencia política es cosa por completo independiente de la voluntad soberana, de la opinión de las mayorías y de las creencias populares; que reyes, ministros, magistrados y pueblos, en tanto que voluntades, no son nada para la ciencia y no merecen ninguna consideración. Comprende al mismo tiempo que, si el hombre ha nacido sociable, la autoridad de su padre sobre el cesa el día que, formada su razón y hecha su educación, se convierte en el asociado de su padre; que su verdadero jefe y su rey es la verdad demostrada: que la política es una ciencia, no un entretenimiento; y que la función del legislador se reduce,

en último análisis, a la investigación metódica de la verdad.

Así, en una sociedad dada, la autoridad del hombre sobre el hombre está en razón inversa del desenvolvimiento intelectual a que ha llegado esa sociedad, y la duración probable de esa autoridad puede ser calculada por el deseo más o menos general de un gobierno verdadero, es decir de un gobierno según la ciencia. Y lo mismo que el derecho de la ciencia y el derecho del engaño se restringen ante la determinación más y más amplia de la justicia, lo mismo la soberanía de la voluntad cede ante la soberanía de la razón y acabará por aniquilarse en un socialismo científico. La propiedad y la realeza está en demolicion desde el comienzo del mundo; lo mismo que el hombre busca la justicia en la igualdad, la sociedad busca el orden en la anarquía.

Anarquía, ausencia de amo, de soberano (1), tal es la forma de gobierno a que nos acercamos todos los días y que el hábito inveterado de tomar al hombre por regla y su voluntad por ley nos hace mirar como el colmo del desorden y la expresión del caos. Se cuenta que un burgués de París del siglo XVII, habiendo oído hablar que en Venecia no había rey, el buen hombre no podía volver en sí de su asombro, y pensó morir de risa a la primera noticia de una cosa tan ridícula. Tal es nuestro prejuicio: todos nosotros queremos un jefe o jefes; y tengo en este momento ante mí un folleto cuyo autor, celoso comunista, sueña, como otro Marat, con la dictadura. Los más avanzados entre nosotros son los que quieren el mayor número de soberanos, la realeza de la guardia nacional es el objeto de sus votos más ardientes; bien pronto, sin duda, algún ambicioso de la milicia ciudadana dirá: Todo el mundo es rey; pero cuando ese alguno haya hablado, dire yo: Nadie es rey; somos, de grado o por fuerza, asociados. Toda cuestión depolítica interior de ser resuelta según los datos de la estadística departamental; toda cuestión de política exterior es un asunto de política internacional. La ciencia del gobierno pertenece de derecho a una de las secciones de la academia de ciencias, cuyos secretario perpetuo se convierte necesariamente en primer ministro; y puesto que todo ciudadano puede enviar una memoria a la academia, todo ciudadano es legislador: pero como la opinión de un particular no es tenida en cuenta más que si es demostrada, nadie puede poner su voluntad en lugar de la razón, nadie es rey.

Todo lo que es materia de legislación y de política es objeto de ciencia, no de opinión; el poder legislativo no pertenece más que a la razón, metódicamente reconocida y demostrada. Atribuir a una potencia cualquiera el derecho de veto y de sanción es el colmo de la tiranía. Justicia y legalidad son dos cosas tan independientes de nuestro asentimiento como la verdad matemática. Para obligar les basta ser conocidas; para dejarse ver no exigen más que meditación y estudio. ¿Qué es el pueblo, si no es soberano si no es de él de donde deriva el poder legislativo? El pueblo es el guardián de la ley, el poder ejecutivo. Todo ciudadano puede afirmar: Esto es verdad; esto es justo; pero su convicción no obliga más que a él mismo: para que la verdad que proclama se convierta en ley, es preciso que sea reconocida. Ahora bien ¿qué es reconocer una ley? es verificar una operación matemática o de metafísica, es repetir una experiencia, observar un fenómeno, constatar un hecho. La nación sola tiene derecho a decir: Mándamos y ordenamos.

Confieso que todo eso es la derrocción de las ideas recibidas y que parece que tomo a mi cargo la transformación de la política actual; pero ruego al lector que considere que habiendo comenzado por una paradoja, debía, razonando justamente, encontrar a cada paso paradojas. Por lo demás, yo no veo qué peligro correría la libertad de los ciudadanos si en lugar de la pluma del legislador, fuese remitida a manos de los ciudadanos la guillotina. La potencia ejecutiva, que pertenece esencialmente a la voluntad, no puede ser con-

(1) *El sentido ordinariamente atribuido a la palabra anarquía es el de ausencia de principio, ausencia de regla: de donde viene el que se la haga sinónimo de desorden.*

fiada a muchos mandatarios: esa es la soberanía del pueblo (1).

El propietario, el ladrón, el héroe, el soberano porque todos esos nombres son sinónimos, impone su voluntad por la ley y no sufre ni contradicción ni control, es decir, pretende ser poder ejecutivo y legislativo a la vez. La substitución de la ley científica y verdadera a la voluntad real no se realiza sin una lucha terrible, y esa substitución incesante es, aun después de la propiedad, el elemento más poderoso de la historia, la causa más fecunda de los movimientos políticos. Los ejemplos son demasiado numerosos y demasiado brillantes para que me detenga a referirlos.

Ahora bien, la propiedad engendra necesariamente el despotismo, el gobierno del buen placer, el reino de la voluntad libidinoso; eso es de tal modo la esencia de la propiedad, que basta, para convencerse, recordar lo que es y lo que pasa a nuestro alrededor. La propiedad es el derecho de usar y de abusar. Si el gobierno es económico, si tiene por objeto único la producción y el consumo, la distribución de los trabajos y de los productos, ¿cómo es posible el gobierno con la propiedad? Si los bienes son propiedades, ¿cómo no habrían de ser los propietarios reyes, y reyes despóticos, reyes en proporción de sus riquezas? Y si cada propietario es majestad soberana en la esfera de su propiedad, rey inviolable en toda la extensión de su dominio, ¿cómo no habría de ser un caos y una confusión un gobierno de propietarios?

P. J. PROUDHON  
(De *¿Qué es la propiedad?*)

(1) *Si semejantes ideas penetran alguna vez en los espíritus, se habrá hecho gobierno representativo y tiranía de habladores. En otro tiempo la ciencia, la palabra, eran confundidas bajo una misma expresión; para designar un hombre rico en pensamientos y en saber, se pensaba en un hombre dispuesto a hablar y poderoso en el discurso. Desde hace mucho la palabra ha sido separada por abstracción de la ciencia y de la razón; poco a poco esa abstracción es, como dicen los lógicos, realizada en la sociedad; tenemos hoy sabios de toda suerte que apenas hablan y habladores que no son siquiera sabios en la ciencia de la palabra. Un filósofo no es un sabio; es un hablador. Un legislador, un poeta, fueron en otros tiempos hombres profundos y divinos: hoy son habladores. Un hablador es un timbre sonoro a quien el menor chorro que hace dar un interminable sonido; en el hablador, el flujo del discurso está siempre en razón directa de la pobreza del pensamiento. Los habladores gobiernan el mundo; nos aturden, nos abruman, nos roban, nos chupan la sangre y se burlan de nosotros; en cuanto a los sabios, se callan; si quieren decir una palabra, se les corta la palabra. Que escriban.*

## BIBLIOGRAFIA

"La crisis de la familia — Divorcio y matriarcado". — Miguel Angel Márquez.

El problema delicado y complejo del hogar y de la familia moderna, son muchos los que lo abordaron sin llegar a conclusiones que presentarán el remedio eficaz inmediato o lejano del mal profundo que le aqueja. Era necesaria una muy buena dosis de buen sentido, y, además, carecer de los prejuicios inveterados de la mentalidad burguesa evidentemente inmoral y vulgar, simulando una moral estrecha y ultramontana, que nadie practica en el diario comercio para preconizar los medios adecuados y las sales químicas a fin de atajar una descomposición definitiva de la familia. Miguel Angel Márquez, posee en grado eminente las cualidades necesarias para tratar con novedad y claridad meridiana este inmemorial tópic de la atracción de los dos sexos. Su folleto de reducidas páginas, trepidante de ideas y nuevos puntos de vista, es lo que nos induce a enunciar tal afirmación.

Para los beatos, para los hipócritas y toda la mogigatería ambulante, les parecerá una inmoralidad ofensiva e insolente para sus fueros hasta ahora inviolables, las conclusiones que se deducen de

la lectura de este trabajo, donde se discurre revolucionariamente de "la profunda crisis que padece la institución de la familia". Pero lo inmoral de anteaer, resulta siempre lo moral aceptado pasado mañana y "urbi et orbi".

Todas las religiones nuevas que trataban de suplantar a las viejas en plena decrepitud, eran motejadas de inmORALES. Y ahora con la "religión" agonizante y semi-cadáver de la familia en el plantel burgués, sucede cosa parecida cuando alguien pretende desarraigarla radicalmente para fundamentarla sobre nuevas bases.

Partidario del matriarcado el ensayista, nada tiene que ver con el "Derecho a la pereza" de Lafargue, el socialista revolucionario de hace veinte años. Sus puntos de vista son más modernos y se adhieren de mejor modo a la realidad cotidiana y a las condiciones actuales, aunque lo haya esbozado como una hipótesis para el porvenir.

Para no tergiversar el pensamiento del autor, ni traicionar sus intenciones, extractaremos unos párrafos:  
"Una declaración muy importante, es necesario intercalar, para que no se nos atribuya afirmaciones que no hacemos. No sostenemos aquí que el matriarcado sea un desiderátum ni el ideal de perfección del régimen del matrimonio, sino que es el desiderátum y el ideal de perfección del sistema inferior del régimen del matrimonio; siendo superior la monogamia. Pero, como la mayoría de la población no está capacitada para realizar debidamente el sistema monogámico, y mucho menos el indisoluble, es absurdo imponerle el cumplimiento de lo que no puede cumplir debidamente. Y siendo la mayoría de la población civilizada del planeta, la que le corresponde este sistema, de ahí su importancia y su extensión; pues se trata de velar por la propagación de la especie y por el perfeccionamiento de la raza.  
El matriarcado es el mejor sistema para la procreación; la monogamia lo es para el perfeccionamiento social.

Este sistema, no sólo no es malo ni inmoral, sino que es bueno y moral; y para esa mayoría mucho mejor que la monogamia. Y citaremos en su favor la tesis de Tomás de Aquino, la más alta autoridad teológica escolástica y católica, que sostenía, que: "todo lo que existe, por el sólo hecho de existir es bueno, y tiene de malo lo que le falta para ser perfecto". En consecuencia, el matriarcado; que es mucho más perfecto que la monogamia falseada en su forma y en su fondo, la que implica el adulterio, la poligamia y la prostitución, que están eliminadas enteramente del sistema que defendemos; es para la gran masa de la población más bueno que una monogamia impracticable o mal practicada.

Bástanos recordar las bellezas de los clásicos amores de Julieta y Romeo, de Juana y Felipe, de Abelardo y Eloísa, de Dante y Beatriz, de Pablo y Virginia, de Comte y Clotilde, de María, y tantos otros más modernos que no han pasado a la literatura, para apercebimos de las excelencias del amor puro y grande que fundamenta a la monogamia indisoluble; pero también debemos recordar que tales personajes y aun otros menores, no son sino una minoría muy reducida en la humanidad. Y no debemos olvidar los numerosos casos de los Abraham, los Isaac, las Jacob, los Salomón, los Julio II, los León X, las Catalinas II, sin referirnos a las Cleopatra, las Mesalina, las Lucrecia, las Ninón, y tantas otras; y habremos de comprender que la fragilidad de la naturaleza humana en el hombre y en la mujer, no permite imponer a toda la civilización un sistema uniforme de una máxima perfección".

Este folleto, si no agota el tema, lo desarrolla con cierta amplitud bajo la faz biológica, social, religiosa, moral, económica y jurídica. Con profusión de citas sacadas de la Biblia, rebata los mismos argumentos que oponen los modernos padres de la Iglesia que defienden "las cuatro instituciones madres del orden social: el Estado, la Familia, la Propiedad y la Educación".

Un poco pueril nos parece cuando, al salirse del terreno jurídico y etc., en el cual pisa bien firme y expone ideas sentadas, pretende oficiar de profeta, diciéndonos cómo será la raza futura elaborada con su sistema, bautizándola desde ya con

el atrayente y bonito apodo de "Smarquica y Olímpica".

Quisiéramos que el autor tuviese razón sobre el porvenir y que su sueño de una raza bella y viril que produzca el "advenimiento de una nueva humanidad" no fuese defraudado. Y merece no serlo, porque todos deseamos vivir limpia y humanamente, teniendo por nuestra guía el amor y el desinterés.

Nadie sabe lo que nos depara el futuro, que tiene más imaginación que todas las legiones de poetas y filósofos habidos y por haber.

Tampoco, no queriendo abandonarnos al vaivén del fatalismo, y artesanos de nuestro propio destino, no deseamos emborracharnos de antemano con sueños que resultan siempre infantiles cuando llega la realidad cruda y desnuda.

Por otra parte, al declarar el autor que "la regeneración humana, mucho más que hacia un simple cambio económico, va rectamente hacia el nacimiento de una raza nueva", debería ser así, aunque para provocar ese nacimiento se necesita

la antes limpiar el campo de toda la fauna y la flora parasitaria, que lo ahoga, y oprime lo poco bueno, impidiendo precisamente esa regeneración y ese nacimiento.

En suma, es muy recomendable este ensayo de Miguel Angel Márquez por lo altamente revulsivo para nuestras ideas. Y por esto mismo trataremos de reproducir algunos de sus más interesantes capítulos.

H. H.

LIBROS Y FOLLETOS RECIDOS

"El mundo como pluralidad", Adrián del Valle — Publicación de la "Revista Bimensual Cubana".

"La desconocida", drama en tres actos, Eugenio Navas, Buenos Aires.

"Vibrações", Arsenio Palacios — Ediciones Prometheu, San Pablo.

"Guerra a la guerra", Julio Coutaudier, Junín.

"Memorias de Judas", F. P. della Gattina — Biblioteca de "Crítica".

UNA POLEMICA DE INTERES PERMANENTE

La violencia anarquista

No me propongo defender a Sorel. No me haré tampoco el defensor de la tesis Soreliana con la cual, sobre múltiples puntos, estoy en desacuerdo.

Del largo y sabio artículo dirigido por mi amigo Elosu contra las "Reflexiones sobre la violencia" y su autor, no quiero retener sino las últimas líneas: porque, por una parte, tengo la impresión que ese estudio crítico del sorelismo ha tenido como fin, en el pensamiento de Elosu, la condenación sin reserva de la violencia, hasta y comprendiendo la violencia revolucionaria considerada por un gran número como una necesidad dolorosa pero inevitable; porque por otra parte, es solamente la conclusión de ese estudio que se refiere directamente y en pleno al anarquismo.

Reproduzco sus últimas líneas:

"Sorel olvida que una renovación verdadera no es un cambio tumultuoso e incoherente, sino una toma de posesión serena y metódica por el Trabajo para el Trabajo. — La lucha emancipadora tiene lugar, no en la calle, sino en las conciencias, entre las concepciones engañosas, sanguinarias, oscuras del pasado y las esperanzas sinceras, dulces y radiosas del presente. — La Revolución no es una idea que ha encontrado bayonetas; es una idea que ha quebrado las bayonetas. — Autoritario, guerrero, cesáreo, Sorel no se apoya jamás en el ideal libertario. Sentía, si no lo sabía, que la violencia no es anarquista.

Intencionalmente he separado con un guión las cuatro frases que anteceden, porque tengo la intención de explicarme y de insistir sobre cada una.

La violencia, ¿es necesaria?—

A. — "Una renovación verdadera no es un cambio tumultuoso e incoherente, sino una toma de posesión serena y metódica por el Trabajo, para el Trabajo".

Me temo mucho que, por dar mayor fuerza a su pensamiento, Elosu no haya exagerado el contraste que tiende a establecer entre el cambio tumultuoso e incoherente y la toma de posesión serena y metódica por el Trabajo, para el Trabajo. Sé que para producir su pleno efecto, es preciso que el contraste sea, en su forma, brutal, impresionante, chocante, total. Pero cuando se trata de un debate de ideas importa que la forma no sea sino la impresión clara, exacta y sin hinchazones del pensamiento.

Elosu tiene razón pretendiendo que un cambio tumultuoso, incoherente, es decir, sin orden ni fin, no es una renovación verdadera. Pero falla al oponer a ese hipótesis cambio desprovisto de causas precisas y de fines determinados, una toma de posesión que él imagina, tanto desea que así sea, metódica y serena.

¿De qué datos parte él para calificar de antemano de incoherente y tumultuo-

so el cambio que nosotros llamamos más comunmente Revolución Social? ¿Y en qué se autoriza para prever una toma de posesión metódica y serena por el Trabajo, para el Trabajo?

La revolución social se nos aparece como el punto culminante y término de un período más o menos largo de educación, de organización, de agitación interior, de efervescencia exterior, de preparación y entrenamiento para una acción de las masas; no sabríamos concebirla en otra forma. Será precedida verosimilmente por choques múltiples y múltiples, provocados por las circunstancias; se inspirará en la experiencia de choques sucesivos, por donde su acción resultará cada vez más consciente, sin cesar mejor organizados y cada vez más metódicos; a la luz de esa enseñanza el proletariado adquirirá una comprensión cada vez más justa, más iluminada de la propaganda a efectuarse, de la organización a fortificar, de los dispositivos a tomar y de la acción a realizar. De manera que cuando los acontecimientos determinen el choque supremo, la batalla decisiva, lo que Elosu llama despectivamente el trastorno — sí, al fin se tratará de derrumbar las instituciones inicuas y asesinas y de reducir a la impotencia los Poderes que ellas defienden — ese trastorno, lejos de ser tumultuoso e incoherente totalizará y coordinará todas las fuerzas de renovación indispensables a la toma de posesión del Trabajo, para el Trabajo.

¿Pero tiene Elosu el candor de atribuir seriamente a esa toma de posesión ese carácter de serenidad cuya esperanza toma en la generosidad de su corazón? ¿Cree él, ingenuamente, que los detentadores del suelo, del subsuelo y de todos los medios de producción se despojarán voluntariamente, o se dejarán desposeer sin oponer a esa expropiación las fuerzas de exterminio que poseen?

¿Piensa que reconociendo la legitimidad de las exigencias formuladas por los trabajadores y rindiéndose a sus intimaciones, los parásitos del Capital y del Estado darán a sus defensores la orden de entregarse y cederán la plaza sin resistencia?

Elosu no es, no puede ser tan ingenuo: no cree en los milagros.

¿Y entonces? ¿Entonces? Será necesario de dos cosas una:

O bien esperar que el milagro se opere (porque la abdicación de los parásitos sería uno, y famoso) y, en ese caso, sería aplazar indefinidamente la hora, sin embargo necesaria, de la toma de posesión serena y metódica por el Trabajo, para el trabajo;

o bien resolverse a emplear la violencia y entonces recurrir al cambio ruidoso.

Educación y acción.—

B. — La lucha libertadora tiene lugar, no en la calle, sino en las conciencias:

entre las concepciones engañosas, oscuras, sanguinarias del pasado y las esperanzas sinceras, dulces y radiosas del presente.

Todavía los contrastes tan amados por Elosu: esperanzas sinceras, dulces y radiosas del presente, luchando contra las concepciones engañosas, sanguinarias y oscuras del pasado! Más oposición: lucha en las conciencias y no en las calles!

Se desprende de esas antítesis una fuerza maravillosa de seducción, fuerza tanto más peligrosa cuanto que, en esos contrastes, no todo es erróneo.

Diré más aún: que en ellas se encuentra una gran parte de verdad.

Es perfectamente exacto que la lucha libertadora tiene lugar entre la Mentira y la Verdad, la Barbarie y la Mansedumbre, la Obscuridad y la Luz.

Todo progreso social se resume en el esfuerzo milenarista de la Caridad disipando las Tinieblas, de la Paz oponiéndose a la Guerra, la Verdad contra la Mentira. Todo movimiento que aleje al hombre de su punto de partida, ignorancia, ferocidad, acercándolo a los destinos magníficos que se abren ante él: saber, solidaridad, bienestar, es, irrefutablemente, un progreso, una victoria, un camino hacia la liberación.

Ningún libertario desconocerá la exactitud de ese punto de vista. Así diré yo de corazón con Elosu, que la lucha libertadora es en las conciencias; pero, mientras él agrega "no en la calle", yo digo: "y en la calle".

En las conciencias es innegable, y es por esa razón que multiplicamos nuestros esfuerzos de propaganda y damos tanto valor al trabajo educativo. Formar conciencias de sinceridad, de paz y de luz; es a lo que sin cesar y desde siempre los anarquistas han consagrado lo mejor de sí mismos.

¿Y bien! he aquí las conciencias: tienen horror de las concepciones engañosas, sanguinarias y oscuras del pasado; están llenas de sinceridad, de dulzura, de claridad.

¿Qué deben hacer? ¿Deben contentarse con concebir, en el fondo de sí mismos, el odio a la Mentira, a la Guerra, a la Obscuridad? ¿Deben limitarse a nutrirse de esperanzas sinceras, dulces y radiosas del presente, y quedarse en eso?

¿No es su deber y, mejor aún, una necesidad de las conciencias libertadas: el de ayudar ante todo, con la educación y el ejemplo, a la liberación de otras conciencias y después realizar para sí mismas y las otras las esperanzas sinceras y transformadas en bienhechoras y fecundas realidades?

Ahora bien, ¿cómo concebir el advenimiento de esas realidades sin la destrucción de las concepciones engañosas, sanguinarias y oscuras?

¿Cómo destruir esas concepciones que tienen para sí la fuerza y la violencia sistemáticamente organizadas, si no es quebrando esa violencia y esa fuerza?

Un poco más, y Elosu pensará que basta formar deseos ardientes, dirigir súplicas, circular peticiones, propagar con la pluma y la palabra protestas indignadas contra la Mentira, la Guerra y la Ignorancia, y votar órdenes del día, prodigarse en posturas, arruinarse en intimaciones y amenazas! ¿Cree que, una vez las conciencias libres, así fueran numerosas a despecho de los obstáculos que atardan desesperadamente su formación, bastará oponerlas, sin otras armas que la sinceridad y firmeza de sus convicciones, a las fuerzas de la mentira, de sangre y tinieblas, para vencerlas?

¿No sabe que esos medios de un valor moral que yo no contesto, han quedado siempre pasivos y que, más que nunca, su fracaso se evidencia?

¿Y entonces? ¿Entonces? Será preciso de dos cosas una:

o bien esperar que se opere el milagro, para el triunfo metódico y sereno de la Verdad sobre la Mentira, de la Paz sobre la Guerra y de la Claridad sobre las Tinieblas, como para la toma de posesión por el Trabajo, para el Trabajo, y en ese caso será aplazar indefinidamente el triunfo;

o bien resolverse a descender a la calle, emplear la violencia y derrumbar por la fuerza los poderes engañosos, sanguinarios y oscuros.

Elosu declara que la lucha tiene lugar en las conciencias y no en la calle. Pero yo digo que la lucha es primero en las conciencias y después en las calles.

Contra las armas, armas.—

C. — "La revolución no es una idea que ha encontrado bayonetas; es una idea que ha roto las bayonetas".

La frase es hermosa, pero el error también, a veces, sabe revestirse de belleza.

Rectifico: "La Revolución es una idea que ha encontrado bayonetas para romper las bayonetas." Quebrar las bayonetas es el fin; encontrar las bayonetas para romper las bayonetas, he aquí el medio.

Esta simple rectificación basta, a mi parecer, para alejar el error y restablecer la verdad.

Veamos, Elosu: ¿de qué revolución se trata y qué bayonetas romperá?

Se trata, pienso, de esa revolución que abolirá a los dos adversarios de toda liberación: el régimen capitalista, que engendra la explotación, y el Estado, que fataliza la opresión? Cuando tú hablas de la lucha libertadora, yo creo que no calificas así sino a la que libertará, que emancipará a todos los humanos de esta doble tiranía: el Capital y el Estado.

Amo creer que sobre este punto estamos de perfecto acuerdo y que así las bayonetas que quebrará la Revolución son, para hablar en lenguaje despojado de ambigüedades, las violencias, las coacciones y todo el sistema de represión y de matanza que el régimen capitalista y el Estado, su cómplice armado, hacen pesar sobre el proletariado.

Por la tercera vez te planteo esta cuestión: ¿crees tú que esos dos bandidos armados hasta los dientes: el Capital y el Estado, renunciarán, sin ser absolutamente obligados a la armadura de fuerza que, sola, permite al Capital ejercer sus rapiñas y al Estado mantener su autoridad? ¿Admites, puedes admitir que la Idea sola llegará a quebrar las bayonetas? ¿Admites, puedes admitir la fuerza eficiente de una idea sin que ella arme el brazo que acciona?

¿Esperas tú, puedes razonablemente esperar que para hacer caer las murallas de esta moderna Jericó: el Estado, bastará llevar en gran pompa el arca de alianza precedida de siete sacerdotes sonando las trompetas y escoltada por un pueblo orante y silencioso?

Es imposible que poseas semejantes esperanzas.

¿Y entonces? Entonces será necesario de dos cosas una:

o bien esperar que ese milagro se renueve y, en ese caso, será dilatar hasta la consumación de los siglos la revolución que, sin bayonetas, quebrará las bayonetas;

o bien resolverse a encontrar bayonetas para romper las bayonetas.

Nuestro ideal es de libertad y amor, pero la lucha es áspera y encarnizada.—

D. — "Autoritario, guerrero, cesáreo, Sorel no se apoyó nunca en el ideal libertario. Sentía, si no lo sabía, que la violencia no es anarquista".

Así es como termina Elosu su estudio sobre Sorel y el sorelismo, y es con esos términos que, en nombre del ideal anarquista, condena sin restricción alguna el recurso de la violencia.

No es necesaria mucha perspicacia para comprender que entre Elosu y el anarquista que yo soy, todo el presente debate reside en estas pocas palabras: "La violencia no es anarquista".

Elosu se ha precipitado al afirmar que la violencia no es anarquista; y si él razona en eso que llamaríamos absoluto, si él se atrincheró en los dominios de la especulación filosófica y si, rehusando tener en cuenta realidades, no tiene en cuenta sino la idea pura del Anarquismo en sí, él no se engaña al declarar que "la violencia no es anarquista", porque específicamente, intrínsecamente, el Anarquismo no es violento, lo mismo que la violencia no es específicamente, intrínsecamente anarquista.

Sobre el plano exclusivamente especulativo iría con gusto mucho más lejos que Elosu. No me limitaría a decir como él, que la violencia no es anarquista, afirmaría que la violencia es antianarquista.

SEBASTIAN FAUREL

(Concluirá)